

El Ruedo





«Sin puntilla».

EN ESTE NUMERO:

UNA TARDE EN JANDILLA

En la foto: ALVARO DOMECCO,
EL ESTUDIANTE y MANOLETE,
vistos en la dehesa jerezana
del primero

(Fot. MARI)

Reportaje en las páginas 4 y 5

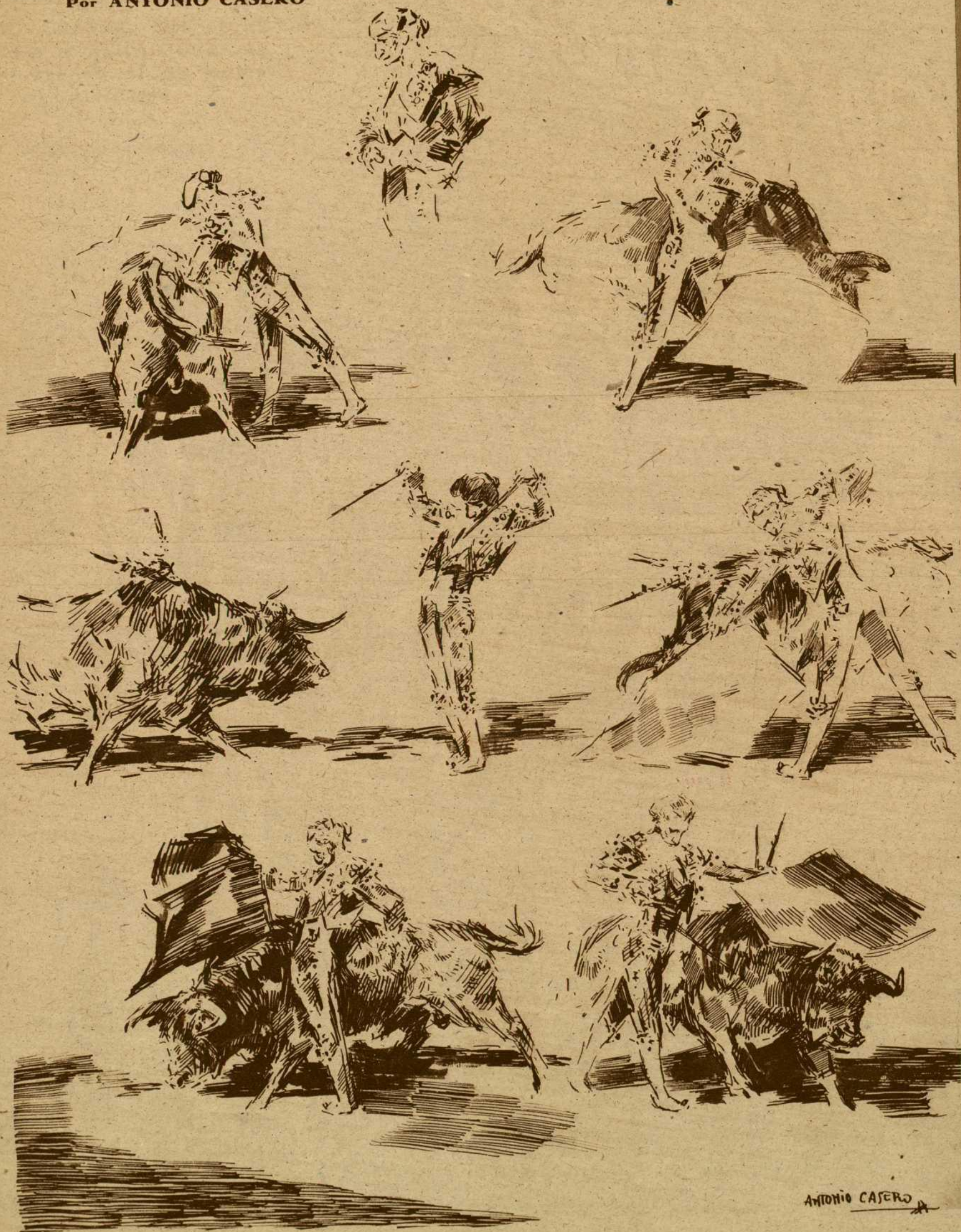
El Puerco



ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

ANTONIO MARQUEZ



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -:- Madrid, 13 de diciembre de 1944 -:- Núm. 27

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



A juzgar por lo mucho que se lleva escrito y dicho por críticos, diestros, apoderados y empresarios desde que acabó la temporada taurina de 1944, los principales y casi únicos responsables del toro chico son los ganaderos. Los demás se acusan, si acaso, de transigentes a la fuerza.

El empresario, que antes tenía que excusarse con los propietarios de las más afamadas divisas, para no aceptarle una corrida de toros, ahora tiene que suplicarla sin condiciones. "Como usted

quiera, le pagaré lo que quiera, no me importa el tamaño, ni la edad, ni los cuernos, ni siquiera hacerme responsable de las multas... Lo que quiero es la corrida. Seis toros, o seis novillos, o seis becerros... Da igual que sean mogones, que tuertos, que cojos o jarobados... Trato hecho".

Así hablan, poco más o menos, los empresarios a los ganaderos. Y me inspiro para suponerlo en frases publicadas en estas mismas páginas por mi admirado compañero Antonio Díaz Cañabate y por deducciones propias sobre los resultados de la temporada, sin colar la de conversaciones y comentarios escuchados en torno al tema a personas que les afecta, e incluso a los propios interesados.

—Deme usted un toro chico—podría decir un diestro a un ganadero.

Y éste podría responder amablemente:

—Lo siento mucho, pero sólo los tengo grandes.

—Pues entonces—tal vez replicaría el diestro—no toreo.

—Pues no toreo usted.

El diestro se iría a otro ganadero:

—¿Tiene usted toros chicos?

—No, señor; todos son grandes.

—Pues entonces... Adiós.

—Vaya usted con Dios.

Y tras estos diálogos posibles, el diestro, si quería serio, tendría que volver, tratando de disimular su humillación:

—Bueno, amigo, vamos a ver qué es lo que tiene usted.

—Pues mire, de cuatro años en adelante y de veinticuatro arrobas para arriba, lo que usted quiera. Los tengo colorados, negros, retintos...

—Bien, bien, muy bien; pero, ¿no le queda por ahí ningún mogón?

—No, señor; los mogones los mando al matadero.

—¿Qué lástima!... ¿Y cojos, tiene usted cojos?

—No, tampoco, porque los mando a un balseario.

—¡Ah!... Bueno, pues póngame seis de lo mejor que tenga.

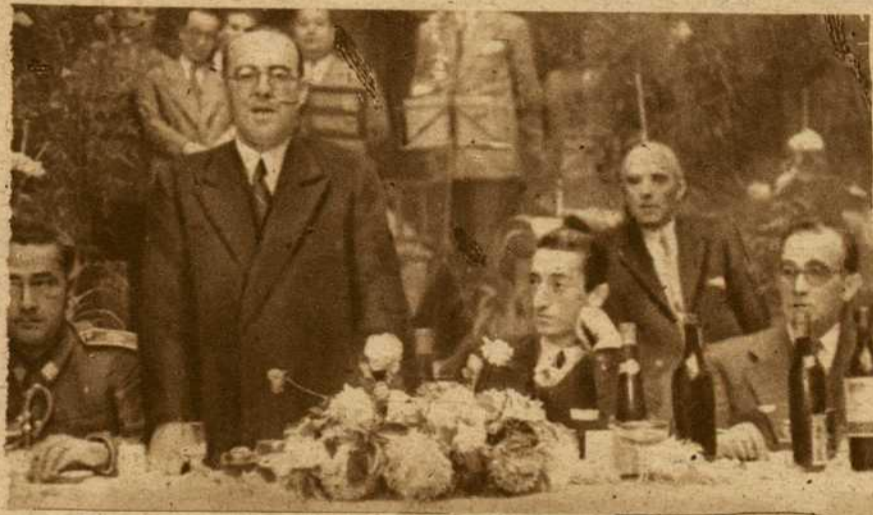
Procure que estén apañaditos, ¿eh?

—Descuide, señor; será usted servido.

Y como el hambriento que recoge un mendrugo, el diestro tragaría el paquete. O se moriría de hambre.

Todo esto podrá ser una fantasía, pero es una verdad de Perogrullo. Digan lo que digan los únicos responsables de que se llaman monas en vez de toros, son los ganaderos, como lo es un fondista de dar gato por liebre.

Y si no es así, que se defiendan los ganaderos, como han hecho los demás en estas mismas páginas, generosamente abiertas para todos los intereses de nuestra fiesta nacional.



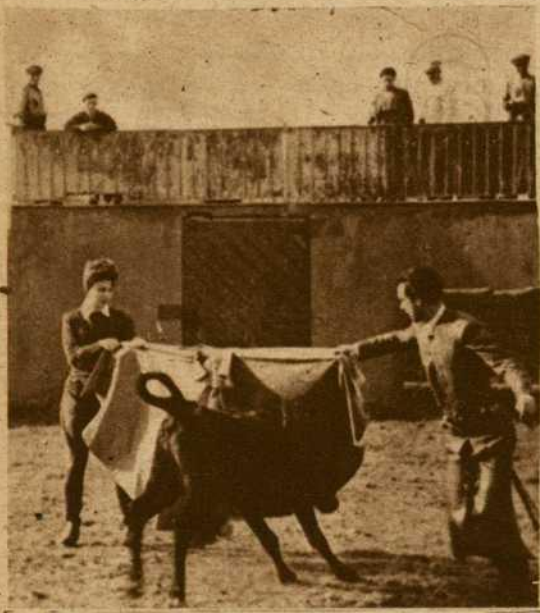
Agasajo a Manolete en Córdoba

Arriba: El alcalde de Córdoba ofrece el agasajo a Manolete, que se le ha tributado con motivo de la terminación de la temporada.—

Abajo: El diestro cordobés firmando autógrafos a los concurrentes



Una tarde en JANDILLA, con un cartel de postín



El Estudiante torea al alimón con su señora a una becerria



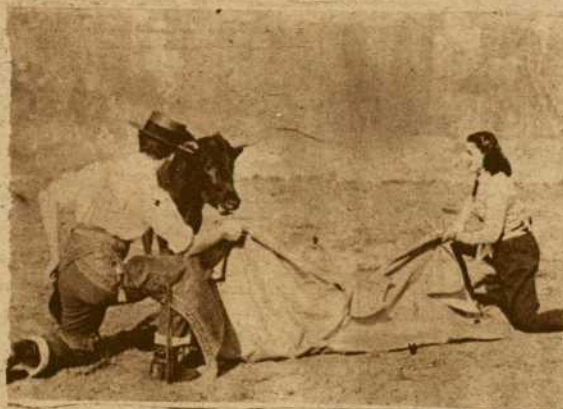
Domecq en un estupendo muletazo



Manolete pasando de muleta a una becerria



Manolete, Domecq y El Estudiante, en un descanso, toman el sol, durante la tiesta que se verificó en la dehesa Jandilla



Los caballistas observan el paso de las reses. Manolete y la señora de Domecq torea al alimón.—Domecq clavando un rejón a campo abierto

MAS de dos horas había rodado el coche desde Jandilla por la carretera cuando llegamos a Jandilla.

El fotógrafo Mari me había prevenido, acaso una cierta preocupación de que pudiera llevarme un engaño, de que en Jandilla no íbamos a encontrar mansión señorial como "El Paquete".

—Jandilla es, ni más ni menos—me dijo—, que un cortijo con la clásica sencillez de los cortijos; ¡ya verá usted!

Y en la exclamación se le escapaba, insobornable elogio.

Un cortijo encontré, en efecto, en Jandilla. Un cortijo todo lo contrario que una casa para el campo, es decir un campo para la casa. Toda la alegría jocunda de prados sembrados, olivares y viñedos refluye en la casa blanca soleada, que no se asfixia, cercada por jardines de arboles. Estancias amplias y amplias chimeneas, muebles sencillos, grabados, trofeos taurinos y de caza, armas... y olor a pan recién salido del horno, y a vinos jerezanos, y a millo y espliego.

Delicia del sol meridional en el cenit, con un cielo limo y de puro azul que se pierde en rosas pálidos, blancos, en sus ilusorias coyunturas con la tierra. Y caminos que discurren rectos, rectos a veces y a veces tuosos, a caballo todos, se van sorprendiendo los inefables y encantados secretos del campo: el borriquillo que retaca la perdiz que salta con estrépito, la liebre asustada, la que reposa en vuelo vacilante, las florecillas silvestres que levantan orgullosas después de haber sido pisadas por caballerías; aquí sombra fresca de arboledas, más allá sica de aguas rumorosas, y otra vez, respunteando con guezza lo accidental, el sol rotundo, sin neblinas ni celajes que aun calienta con dureza por estas tierras, en los meros días de diciembre.

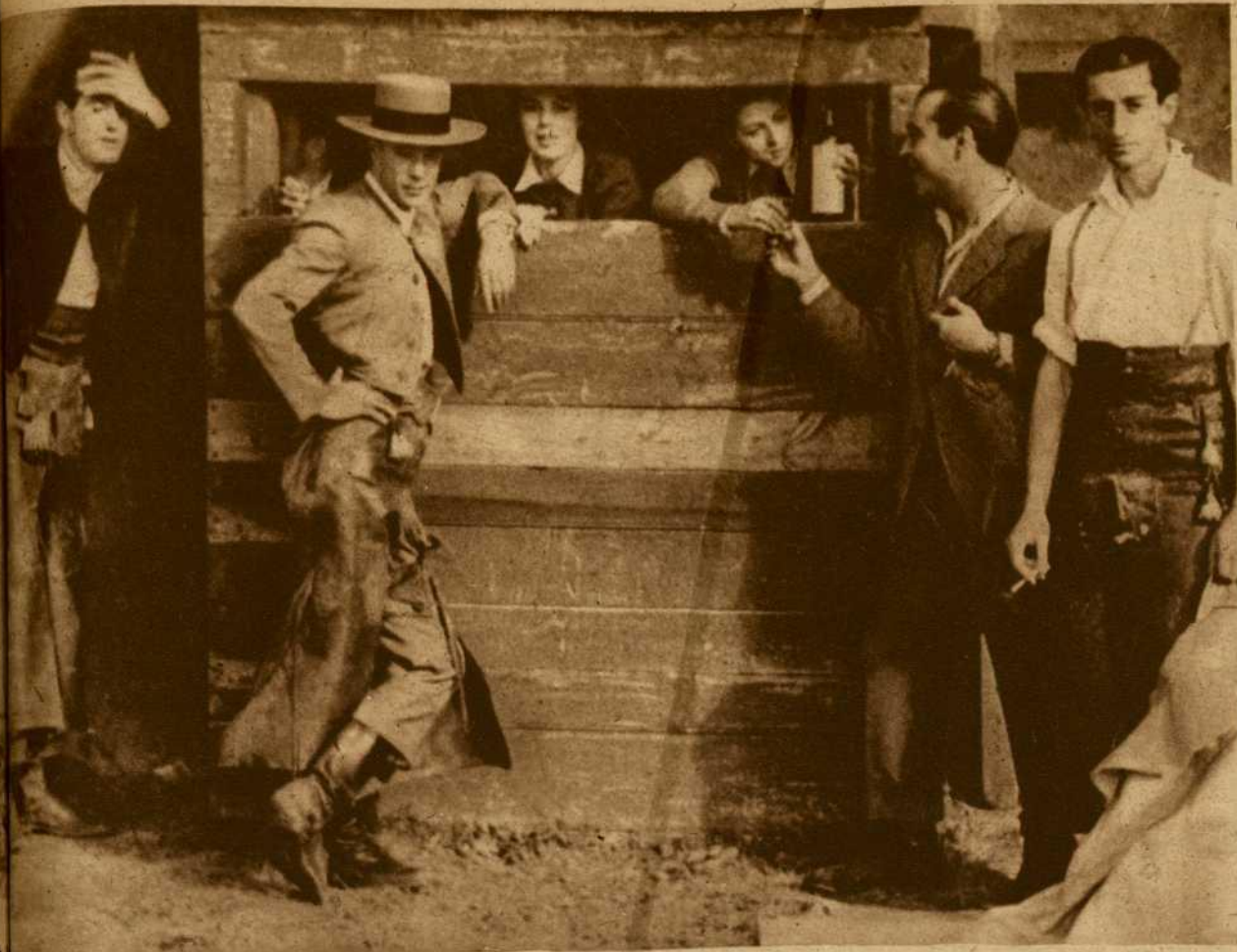
Ya, al fin, la anhelada dehesa con el aquel de los toros estampa imborrable para los ojos de un codicioso aficionado.

Delante de todos cabalga un cartel de postín, con lujo ferial andaluz. Van en triángulo. El primero—como vértice de la guía—el caballero rejoneador don Alvaro Domecq; a los lados, y un poco detrás, El Estudiante y Manolete.

¿Que no les gusta la combinación? ¿Que sí?...

Pues entonces les contaré lo que ocurrió, ya que el espectáculo innegable de otros hechos ocurridos en la tarde, tareas de apartado, herradero, etc., no prendió en mi ánimo.

Domecq y Manolete, que llevaban garrochas, irrumpieron galopando, entre los pacíficos toros, hasta que consiguieron



Un rato de descanso entre una y otra becerra, mientras se refresca y se fuma un cigarrillo junto al burladero

**ALVARO DOMEQO,
EL ESTUDIANTE
Y MANOLETE
en una improvisada
"corrida," en campo
abierto**



Manolete toreando de muleta



Un "chatito" para continuar la brega



Después de la tiente se toma nota del becerro o becerra
El momento del derribo de un becerro
Una becerra que se astilló un cuerno y es cogida para curarla



El momento de acosar a uno de los becerros (Fots. Mari.)

...ar a uno de entre todos, que, acosado, tomó el desrotero
...a ellos convenía. Y ya bien apartado, en campo libre,
...garrochistas echaron pie a tierra, y El Estudiante tam-
...n. La corrida iba a empezar.
...Oh, ¡qué pérdida de oportunidad!
...Don Luis, Manuel y don Alvaro—¡respeto absoluto
...las alternativas!—torearon de capa a la verónica, por
...cuelinas, de frente por detrás... La brava fierecilla no
...salía de aquel verde tercio en el que se le había presen-
...to pelea, pese a que ninguna barrera le tapaba la huida.
...Me pareció esto muy difícil y me quedé, en realidad, sin
...er a qué atribuir el prodigio: si a la magia de los ca-
...ras, que burlaban su furia impetuosa, o a su propia y
...le codicia; pero lo cierto fué que, primero con los ca-
...s y después con las muletas, don Luis, don Manuel y
...Alvaro realizaron maravillosas faenas, sin escatimar,
...te unos y otras, las simulaciones de banderillas en todas
...suertes imaginables: garbosos quiebros, aparatosos cam-
...espectaculares cuarteos...
...y nosotros, mirando embelesados el espectáculo desde una
...rera tan sólo imaginada, aunque nos apartaba lo bas-
...te para sentirnos seguros sobre las sillas vaqueras de
...estras cabalgaduras, sentíamos deseos de epatar a los dies-
...efas que tales prodigios realizaban. Pero el sol, que había
...visto tan alto, era ya medio disco de oro que se ocul-
...ta entre montañas, y había que volver al cortijo porque
...noche se echaba pronto encima.
...En este tiempo!...
...¡Gracias a Dios! ¡Menos mal!—Suspiramos desde lo
...ulo de nuestras conciencias, sin remordimientos.
...camino atrás, hacia la casa que no es de campo, sino
...campo; refrescados por una brisilla que nos entumecía
...s y manos y nos preparaba bien para acercarnos al fuego
...para beber a gusto, con sed. Con los ojos primero, viendo
...edarse las llamas a través del catavinos; con la boca des-
...es, hurgando despaciosamente los labios resecos por
...aire, y tragando luego de una vez el dorado y oloroso
...vuido.
...Ya ante el fuego, en absoluta posesión de la pensada ver-
... recordaba las maravillosas estampas del día de las que
...testigo fuí, cuando hubiese querido ser actor. Una
...me trajo el consuelo, fácil y alegre:

*¡Quién lo había de pensar
que por aquel caminito
se llegaba a este lugar!*

JULIO FUERTES

SIN VISTO BUENO

¡Ay de la suerte de varas!

Por «EL CACHETERO»



VERN ustedes: uno ha de confesar que la suerte de varas clásica, la que polarizaba la atención de los buenos aficionados de antaño, debía ser algo muy listino. Tanto que hoy, por muchos esfuerzos que hago, por muchas adiciones mentales sobre los elementos que hoy intervienen en ella, es decir, adicionando fuerza y poder al toro, destreza y riesgo viril al piquero, relativa estampa al caballo, no puedo figurarme, ni por pienso, aquel resultado con que hacían vibrar a los públicos las proezas gallardas de los Calderones y Badila. Ahora bien, yo, que soy muy respetuoso con los que me hablan con fe en sus mejores tiempos, los creo en absoluto. Lo que ocurre es que lo actual no me sirve para la inauguración, no es base firme para suponer lo que fué y pudo ser. En suma, que no creo que los elementos de

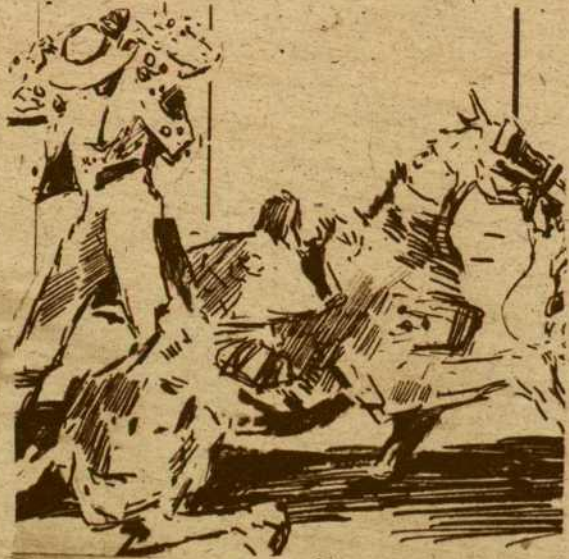
la suerte se hayan minimizado, sino que son otros, o sea, que han degenerado en absoluto.

A lo largo de esta finada temporada que estamos comentando, insistiendo, tanto honrada como antipáticamente, ¡qué le vamos a hacer!, en sus corruptelas, la suerte de varas se ha convertido en la desgracia de las varas, si ustedes me permiten el retruécano. Primero, por los toros, es decir, por la disminución e inexistencia de los toros, que es, a mi modo de ver, el triste «ritornello» que, aunque no quiera, ha de asomar en todos mis artículos un remedio posible, porque de esa falta arrancan todos los defectos imaginables. No hay toro para la suerte de varas, entendida en un sentido normal. Uno ha visto muchas corridas—sobre todo en provincias—en que los reservas han picado el lote, porque los toros no aguantaron sino el primer puyazo. Los públicos, que porque pagaron, querían ver a lo menos todo el desarrollo de una lidia, protestaron de que se siguiese picando más a los toros y hasta se ovacionó a los presidentes que ordenaron el paso a banderillas. ¿Cómo se va a encontrar ni un débil resquicio de belleza en una suerte que se había convertido, de elemento necesario, en un obstáculo? ¿Hasta qué punto degeneró su sentido que no se encuentra, entre la fuerza del toro y su castigo, esa proporcionalidad necesaria a toda suerte taurina?

El toro, amigos, ha de poder aguantar todo el peso de la lidia, entendida, si no al modo clásico de la época de Lagartijo, por lo menos al modo normal que aun alcanzamos hace quince o veinte temporadas. Ha de sufrir el castigo de las varas, de las cuatro a cinco varas, de los tres pares, del capeo y muleteo, con la sola pérdida que permute la adecuación sucesiva de las suertes, pero siempre conservando, frente al riesgo menguante de cada una, su característica de enemigo. Ahora, si la suerte de varas, que era el más fuerte castigo y el inicial, el que enfrentaba su dureza con la dureza del toro intacto, no existe, porque quiebra el toro. ¿Qué queda de lo demás, si ella falla por su base? ¿Y sobre todo, por dónde podremos encontrar belleza en ella, ni sobre esta caricatura tenebrosa y sucia, imaginarnos que la tuvo? Aquí hay otra culpa, señores ganaderos, a otra faceta de la culpa.

Y aun desnivela más la suerte la contumacia de los piqueros, que hacen lo posible por anular últimos vestigios, como si tuviesen prisa o interés en demostrar que en ese su cometido no puede ni pudo haber arte posible, sino triste jilería. Picar mal, a mansalva y a salvaguardia de riesgos; pero en estas ausencias les anima a procurar equilibrio o belleza, aunque sea externa y episódica, en la suerte. La desnivelan más aun, con sus caballos héticos y acolchados como nunca, con su nulo arte, con su mal herir, con su sometimiento absoluto a un papel secundario, con su falta de orgullo como artistas que perdieron hace tiempo, ¡ay!, su primer lugar de predecencia en la citación de las cuadrillas de lidiadores y que se han hundido ya en uno postrero sin que se advierta remisión posible. En esto han parado, en este papel inútil y antipático, de puro trámite, los límites de un arte que antaño elevaba las Plazas de fuerza viril, de majeza gallarda, de ciego y precipitado choque, de la generosidad del quite. Nada, nada, sin toros y con esta versión del picador, la suerte de varas, hoy por hoy, aparece tan lamentable y fracasada como un frasco cuyo perfume se ha evaporado.

Envío. — Al picador Aldeano, a quien por sus vestigios de lo que fue buena tradición, debo los mejores momentos que el arte de varas me dejó en la última temporada madrileña.



Vida y muerte de una vacada

¡Aquellos toros de CARRIQUIRI!

En las riberas navarras del Ebro está el remedio para acabar con las reses mansas



MURILLO de las Limas es un lugarejo del sur de Navarra, pegadito a las aguas madres que nacen en Fontibre y oreado por los aires legendarios de las Bardenas Reales. Allí había echado a pastar Crisanto Lecumberri una punta de siete vacas de leche — pequeñas y greñudas y con menos pezuña que dientes un recién nacido — para traficar con ellas en la industria del ordeño. No había cuidado que de las zonas fronterizas de Zaragoza y Logroño llegara mal alguno para las vacas.

Meses y meses podían permanecer a su albedrío, en la querencia del pasto, sin ojo humano que vigilase su dispersión. Y un buen día Crisanto Lecumberri regresó a Murillo pálido como el sol de aquel invierno y contando una historia sorprendente.

—Ni tocarlas he podido. Todas se me han revuelto y arrancado desde lejos, que más bien parecían toros de cuerda...

Anduvo el informe danzando por las tabernas del lugar y los mercados del contorno, hasta pararse en la boca del albitar, que quiso poner en su punto el asombro general:

—La sangre de estas vacas se ha renovado completamente y ha cobrado un vigor excepcional por la fuerza de los pastos. Creo que a eso se debe...

Crisanto Lecumberri, hombre práctico sobre todas las cosas, vió en seguida el nuevo camino que le trazaban las circunstancias, y pocos días después de éste ya había echado a andar por él.

—Pues si quieren embestir, ya las pondré yo donde—se dijo.

Y acaso en lustro y medio mal contado la actividad y las buenas trazas de Lecumberri habían logrado reunir una ganadería con sus buenas ochenta vacas de vientre y sus dieciocho machos. Y todos los animales con signos clarísimos de celo y bravura.

Pero a Lecumberri, con su boina hacia atrás y su blusona zaina, más bien le llevaba el ánimo hacia la vaca de ordeño que tras la vaca de tiente, y allá por el 1784 vendió la ganadería a don Francisco Guendalain, un navarro repleto de dinero y de afición. Don Francisco abordó el negocio en serio. Buscó hombres de campo y asesoramientos para todas las particularidades de la camada, y en 1793 tenía ya en sus tierras unas setecientas vacas de vientre y un buen número de toros de lidia. Como de todas las pruebas técnicas realizadas con escrupulosidad y buen sentido salía el ganado con notas recomendables, don Francisco Javier Guendalain consiguió que, a su nombre, compareciesen sus toros por primera vez ante el público de Madrid en la tarde del 7 de julio de 1794. Y ostentando divisa verde, quién sabe si en homenaje a aquellos pastos de la ribera del Ebro que tornaron en bravas a las siete vacas lecheras fundadoras.

Pasó bastante tiempo hasta el día en que don Nazario Carriquiri, buen aficionado también y asimismo adinerado, formó sociedad con el señor Guendalain. Trabajaron juntos algunos años, sin mucho provecho, dicho sea en honor de la verdad, para el crédito de la camada, y en 1850 se disolvió la razón social, empezando don Nazario a campar por sus exclusivos respetos. Cruzó las vacas con unos sementales de don José Picavea de Lesaca—procedentes de la espléndida casta de Vistahermosa—y a nombre de Carriquiri se lidiaron los frutos en Madrid, con divisa encarnada y verde, en la tarde del 10 de julio de 1864. Desde esta fecha hay que contar la antigüedad de la ganadería.

Pero a Carriquiri, por lo que se ve, le atemorizaba el andar solo por dehesas y cerrados, y tras algunos buenos éxitos de su camada, volvió a trabajar en sociedad, esta vez con el ilustre vecino de Pamplona, señor conde de Espoz y Mina, que había concentrado en la fiesta de los toros su más sincera devoción. Unos quince años después, en octubre de 1883, la sociedad quedaba amistosamente disuelta, adquiriendo Espoz y Mina todo el ganado que constituía la parte de su socio. Desde 1883 hasta 1907, el conde conservó y cuidó la ganadería con fervor más que con celo, y el público de toros fué apreciando paulatinamente las beneficiosas influencias de este cuidado.

En el año de 1908 quedó decretada la desaparición de la raza de Carriquiri. Fué en el momento en que, muerto Espoz y Mina, sus herederos enajenaron la vacada a don Bernabé Cobaleda, con todos los derechos de hierro, divisa y antigüedad. El señor Cobaleda apreció claramente que aquellos toros, aunque de innegable bravura, no tenían peso ni pelo que satisficieran a los aficionados y, por lo tanto, que tuvieran demandas de las Empresas—si don Bernabé acierta a ver las tendencias de los tiempos actuales, no hubiera vendido ganado nadie más que él—, y el año de 1925 inició un nuevo rumbo a su ganadería, matizándola con sesenta y seis novillas y un semental del conde de la Corte, de Extremadura, y empezando a lidiar los productos de esta casta. Y como le iba bien, porque los toros embestían muy alegres y no tenían recámara, sus primitivos proyectos de eliminar a las «tratas peludas» de Navarra se hicieron ya invencible obsesión. Fallecido don Bernabé, pasó la vacada a sus actuales poseedores, que han acabado por extinguir lo poco que en la dehesa quedaba procedente de Carriquiri.

Y así terminó una casta de toro bravo, chiquito y greñudo, que brotó entre los pastos de las riberas del Ebro en la sangre de siete vacas lecheras.

ANTONIO MORILLAS

PALIQUE EN LA ALAMEDA DE HERCULES

CHICUELO toreó por vez primera a los ocho años en la Venta de CARA ANCHA

«Aquella faena de Madrid al toro Corchaíto, fué, quizá, el momento que me he encontrado más a gusto en mi vida de torero»



EN esta mañana invernal, ya al filo de la tarde, nos parece más íntima la Alameda de Hércules sevillana.

El ambiente aquietado de su espacio nos trae a recordación, en la añoranza de tristes recuerdos, el paso de Joselito—ha ya muchos años—, vencido en su carrera de triunfos, entre los negros respones que enmarcaban su último itinerario a recorrer en la ciudad de su nacimiento.

Junto a la casa de José, aquel chalet todo alegría en una época pretérita, este otro de idénticas líneas, donde otra genial figura, inspirada para el arte, el gran Manolo Chicuelo, forjó su hogar; ese hogar español y sevillano, en el que, al unísono con las alegrías de una vida pletórica de horizontes, surgió ha poco la tragedia de la muerte del hijo inesperadamente... de forma dramática...

El sol perfila nuestras siluetas en el albero espaciado en los dominios de aquel «puesto», donde nos caldeamos a base de ese sol, indolente en su cometido, y de unas... ¡no botellas!, sino copas del clásico jerezano.

Un rato de charla con Raimundo Blanco—entusiasta aficionado de todos los tiempos—nos hace más grata la espera.

—Mi padre está al llegar—nos dice el hijo mayor del gran torero.

Y a poco... la consabida reunión, reforzada esta vez por curiosos aficionados, portadores tan sólo de entradas sin asientos, al redor de la mesa y al socaire de lo que pudiéramos llamar. Que así de popular es el diestro sevillano.

Hablamos de todo menos de toros. Y una vez desorientada la popular concurrencia, ¡al toro!, que no era precisamente una mona en aquellos tiempos de gloria del gran Manolo Jiménez.

—¿Cuándo fué la primera vez que toreó?

—Era aún muy chico, y ¡tal es mi recuerdo, en la venta taurina de Cara Ancha. Después, en la Huerta del Lavadero, en los Merinales, y, por último, en Dos Hermanas.

—¿Por último?

—En plan de becerrista, pues seguidamente debuté en Salamanca, en una novillada con picadores, en el año 1917, alternando con La Rosa y Manzano.

—¿No toreó sin picadores en alguna ocasión?

—Nunca. Hice aquellas dos temporadas del 17 y 18, presentándome en la Maestranza el Sibado de Gloria del año siguiente.

—Quiero recordar lidió ganado de Albaserrada, con Juan Fernández, Juanillo, y Lorenzo Gracia...

—Exactamente. ¿Por cierto...

—Que dio una tarde completísima.

—No iba por ahí. Que llevaba capotes y muletas más chico que los ordinarios. Figúrese, diecisiete años, y mi estatura...

—¿Toreó mucho en la Monumental de aquí, de Sevilla?

—En la feria de la siguiente temporada, o sea el año 20, cuando don José Salgueiro se hizo cargo de aquello, alternando con Joselito y Juan Belmonte. También toreé otra corrida de ocho toros con El Gallo, Manolo Belmonte y el pobre Grande.

—¿Recuerda la trágica cogida del infortunado Varellita aquí, en Sevilla?

—¡Ya lo creo! Como que el toro Bombito, de Guadaletas, que lo hirió mortalmente, lo remató yo. El pobre Manolo estaba dispuesto a agrandar fuera como fuese. Y tan decidido, que cuando tocaron a matar, cogió con brío los avíos, descolocándose a la hora suprema. Yo, que me estaba dando cuenta instantáneamente, le dije al Vela: «Prepárame el estoque y la muleta». Y momentos después lo que todos vimos: salió rebolado, y la cornada, gravísima. Por cierto que ese toro se lo brindó a su mozo de estoque.

—¿Cuántas temporadas ha ido a América?

—Cuatro años seguidos a Méjico: uno, a Lima, y dos, a Venezuela.

—¿El público de Méjico?

—Muy bueno. Yo, por lo menos, no tengo la menor queja. Allí gusta mucho el toreo estilista de la escuela sevillana.

—¿Cuál ha sido su mejor tarde?

—Una vez en Méjico, en la temporada del 25...

El diestro hace una pausa, aguijoneando su memoria. A poco, continúa:

—¡Ah, sí! Toreé mano a mano con Gaona una corrida de San Mateo, saliendo cogido el mejicano en el primer toro. Me impresionó bastante aquello; tanto..., que no me hubiera importado que me hubiese tropezado el mismo animalito. No obstante mi estado de ánimo, por ser el único responsable de aquella corrida, y a plaza llena, me hice fuerte, matando a los seis toros muy bien, después de buenas faenas, en las que toreé a placer. Con decirle que me llevaron más de cuatro kilómetros a hombros... ¡Una verdadera paliza!

—¿Cuál es el mejor público, a su entender?

—El de aquí, magnífico. Y eso que —fíjese bien en lo que le voy a decir— no he toreado en mi tierra en toda mi vida un toro a gusto de verdad, a placer, como lo de Méjico; como al toro Corchaíto, de Graciliano Pérez, en Madrid, ninguno.

—¿Fué aquello? ..

—Otra tarde que me rodaron bien las cosas.

—¿Cogidas sutridas?

—Muy graves, dos: la de Barcelona, en abril del 29, y la de Málaga. Después, puntazos, varios, contusiones, etc.

—¿Su alternativa fué? ..

—El mismo año de mi presentación; el 28 de septiembre, en la Maestranza, de manos de Belmonte. Por cierto que en el mismo día, y con media hora de adelanto, la recibió Juan Luis de la Rosa, en la Monumental, de manos de Joselito.

—¿Cuál ha sido su suete preferida?

—El pase natural; pues cuando no se tiene perdido el sitio, y se domina, se dan a placer.

—¿Su temporada más completa?

—La del 28, tanto en número de corridas como de éxitos.

—¿Qué opina del toro de lidia actual?

—Que es demasiado pequeño en ocasiones. Ni los cuatrocientos kilos en canal, ni los doscientos. Yo creo que el toro debe ostilar de doscientos ochenta a trescientos kilos. Y nada más.

—¿Qué pesó el último toro de Miura que lidió en Sevilla el año 1930?

—Cuatrocientos once kilos en canal, saliendo la corrida a un promedio de 366.

—Cuatrocientos once kilos en canal, saliendo la corrida a un promedio de 366.



FESTIVAL TAURINO en Madrid, con motivo del día de la Patrona del Arma de Infantería



Manolete pasando de muleta a su novillo



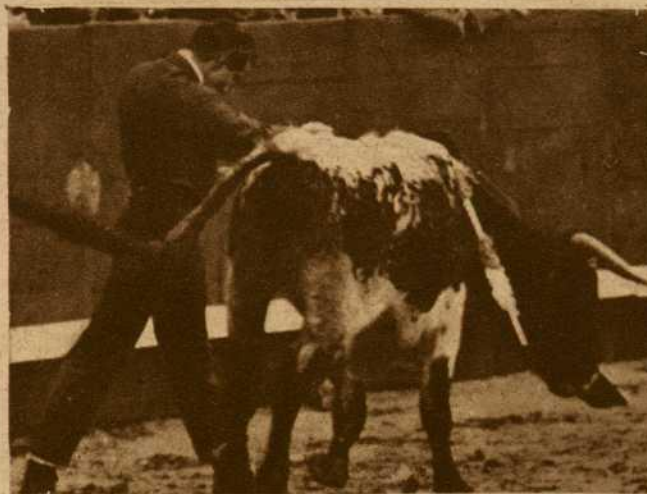
Una clásica manoletina del cordobés



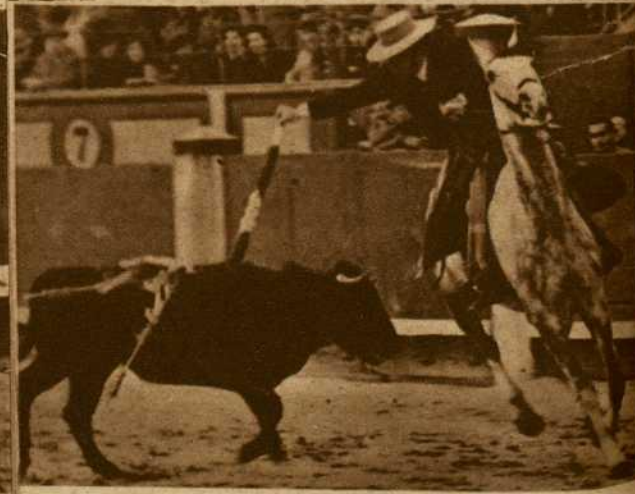
Morenito de Talavera en su turno



Manolete brindando la muerte de su novillo a la presidencia, formada por bellas señoritas



Dominguín en un pase de muleta a su novillo



El duque de Pinhermoso clavando un par de banderillas



Una de las calesas que desfilaron antes de comenzar el festival



Otra de las calesas, en la que desfilaron bellas señoritas

Duque de Pinohermoso, Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera, Domingo Dominguín y Angel Soria



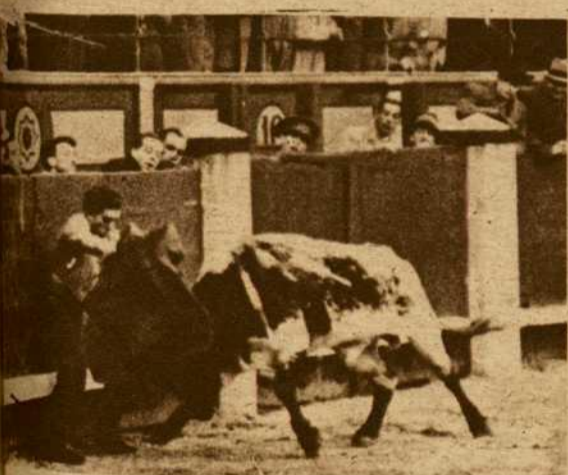
Morenito de Talavera, Pepe Bienvenida y Domingo González, Dominguín, posan en el callejón antes de empezar el festejo



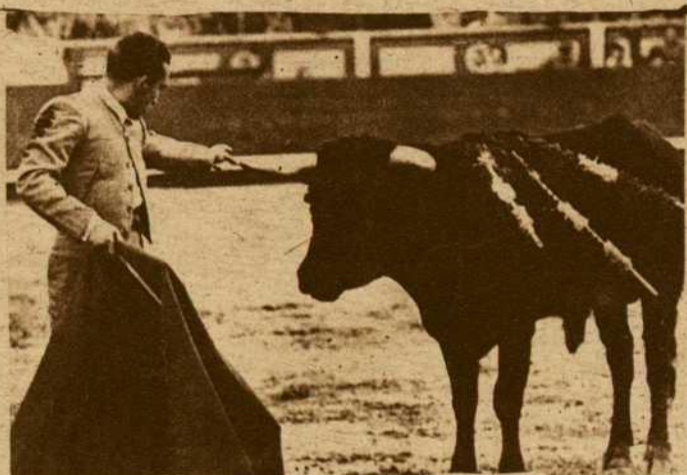
Un par de banderillas de Pepe Bienvenida



Manolete toreando de capa



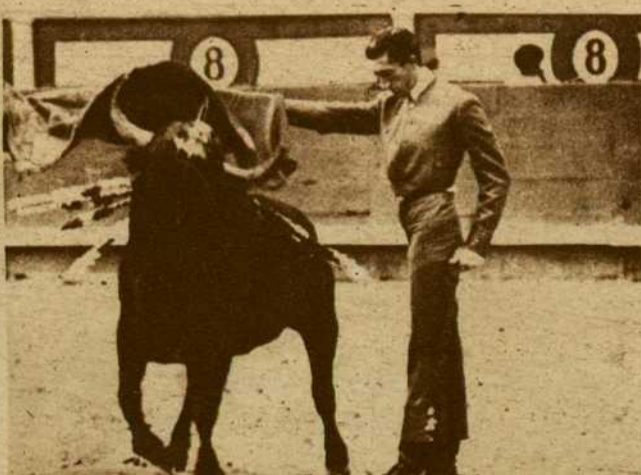
Angel Soria pasa de muleta desde el estribo



Morenito de Talavera en un adorno



Pepe Bienvenida en un pase por alto



Manolete en la faena de muleta



El duque de Pinohermoso, en su becerro, echó pie a tierra
(Fots. Baidomero y Mari)



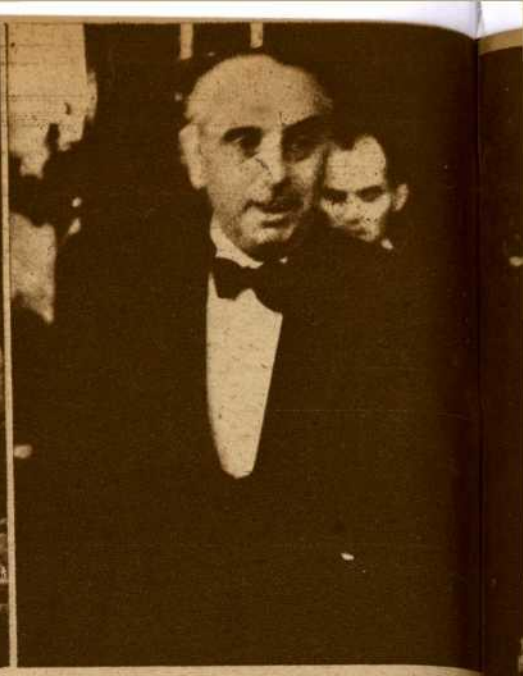
Agustín de Foxá



Alfredo Marquerie



Javier Millán Astray



José María Pemán

POEMA A MANOLETE

Por AGUSTIN DE FOXÁ

Viene el juego de Grecia por el Mediterráneo.
¡Oh toros entre redes de los vasos de Creta!
¡Asifaé en la playa contempla enamorada
al blanco toro entre la espuma fresca.

¿Fué en la vieja Tartesos que exportaba la plata
la primera verónica? ¿En qué arcilla alfarera
que hoy es arqueología citó el primer torero
con púrpura fenicia a la mortal cabeza?

Muchos siglos prensados cual dorados racimos,
¡oh Manolete!, hasta llegar a tu muleta.
¡Cuánta herida y mugido hasta tu pase de oro!
¡Qué pedestal de sangre te sustenta!

Bisontes de Altamira, abultado; en ocre,
¿soñaron tu verónica que da alas a la seda?
Negros toros ibéricos incendiadas las astas
murieron sin la gloria de tu arena.

De la primera línea de las Plazas lejanas
a nuestra retaguardia sencillamente llegas.
Noventa y tres ciudades del toro has conquistado.
Noventa y tres redondas Alhambras se te entregan.

Ya están bajo la noche de las ganaderías
fraguando los feroces combates de la Tierra.
Ríos de sangre brava se encrespan en los prados
e instintos milenarios, para que tú los venzas.

La Puerta de la Gloria ya está abierta; has en-
al Teatro terrible con su muerte de veras. [trado
¡Qué perfume de dehesas en el toro cegado
del toril con su noche a una plaza sin velas!

La cornada en la seca armazón del caballo
ha abierto la sorpresa de unas entrañas frescas.
Y en el quite te llevas prendidas las heridas,
y en la leña del asta cuaja un abril de seda.

Ya está el toro en el centro; paso a paso; despa-
te acercas al asombro de su embestida ciega [cio
y deshojan su empuje diez y seis naturales
como pétalos rojos que en el aire se quedan.

El terreno del toro ya es tuyo. ¡Y qué terrible
esa arena arrancada a su mar de violencia!
¡Qué tierra movediza donde pones tu estatua
con un seto de Muerte, que erizado te aprieta!

Ya es intangible el toro; ya es inútil la malva.
La fina flor del campo y el Betis que la riega
sólo la Muerte puede eternizar su giro
cuando, cuadrado, el rayo fulminador le acecha.

¡Qué tempestad de plata en su jardín de entra-
ñas!
¡Qué vidrio en su mirada cuando inmóvil se queda!
Destruído por dentro y por fin se derrumba
humillando a tus plantas su almenada cabeza.

Luego, amaranto y oro, o de manzana y plata,
das el giro al ahillo, el trofeo en tu diestra,
como brasa de sangre, y parece la Plaza
un velero arbolado de pañuelos que vuelan.

Dos mil años de lidia sobre esta piel de España
(¡oh cráteres de luna de su redonda tierra!)
Hasta ti, Manolete, que das ritmo y medida
al anárquico empuje del instinto y la fuerza.

Yo saludo al torero más valiente del ruedo.
Saludo el abanico difícil de tu izquierda,
que hace al toro satélite, luna de tu oro antiguo
con órbita de estrellas.

Y saludo en ti a Córdoba, olivares y ermitas,
surtidor de odaliscas, hoy cubierto con tierra,
que te dió esa elegancia de Califa sin trono,
de Almanzor que no vuelve, que es dèsdén y no-
bleza.

Escritores y periodistas agasajan a MANOLETE

El lunes por la noche se reunieron en torno a Manolete sus admiradores de la literatura, escritores y poetas. El acto constituyó una interesantísima velada, como pocas veces recordamos. Realmente algo nuevo y de extraordinario relieve. Intervinieron: Adriano del Valle, Alfredo Marquerie, Agustín de Foxá, José M.º Alfaro, José M.º Pe-

BRINDIS A MANOLETE

Por JOSE MARIA ALFARO

Está la muerte en pie. Con sus cánticos,
desgarrada la luz, yace en la arena;
en los balcones del cielo tiembla el frío
y hay un ardor que sube a la tierra.
Del olivar de Córdoba ha llegado
un viento antiguo que la tarde estrena.
Como un rumor campero de caballos,
como el río hecho sangre de tormenta,
así respina el pecho de la plaza.
Está Manolo en pie, frente a la fiera,
clavado por las mismas zapatillas
que no han de ver el aire con la suela.
Con el capote abierto
hay que inventar la vida y la belleza,
jugando en el albur de la cornada,
la estatua y la destreza:
quién: fijo en el viento;
ágil, en la pelea,
para vencer con la emoción, inmóvil,
la lunada cabeza.
¡Mariposa de sangre, desplegada
con sus alas de gracia, al riesgo abierta!
Y así, ganar, tarde tras tarde, al toro,
a la luz, a la arena,
al clavel reventón que se deshoja,
muerto por la ansiedad en la barrera,
al relámpago rojo de la espada
y al aplauso que ardiente se despeña.
Porque trajiste —cuando así ganabas—
en tu copa de sol la primavera,
yo levanto mi copa entre los tuyos,
Manolo, por tu estoque y tu muleta.

Alvaro Domecq y Santos Alcocer



Manolete firma un autógrafo a García Viñolas
y Perico Chicote



Manolete con Raimundo Fernández Cuesta y el marqués
de la Valdavia





Raimundo Fernández Cuesta



José María Alfaro



Francisco Casares (Fots. Mari.)



Adriano del Valle

Las letras y la poesía en torno al popular diestro

mán —magnífico en su discurso—, Raimundo Fernández Cuesta —cértero y elocuente en sus palabras—, Samuel Ros, Mourlane Michelena, García Serrano y Javier Millán Astray. Francisco Casares leyó las numerosas adhesiones, y Manolete dió, verdaderamente emocionado, las gracias más sentidas.

A MANOLETE

Por ALFREDO MARQUERIE

*Miércoles de ceniza es tu faena
—ya lo anuncia el mechón sobre la
[frente—,
raíz desnuda en el aire del torrente,
tu cuerpo junto al toro y en la arena.
En una grada, la mujer morena
que prepara el clavel vivo y ardiente,
y el alarido enorme de la gente,
que a tu pase por bajo se encadena.
Junto al cuerno la muerte se ha dor-
[mido;
estampa y bronce puro de la raza.
¡Qué gloria ser de Córdoba y torero!
Desgajado del cosmos del tendido,
vuela y cae sobre el centro de la Plaza
un planeta sin órbita: un sombrero.*

A MANOLETE

Por ADRIANO DEL VALLE

Córdoba, al pie de su sierra
—la que corona su río
con un altar berroqueño
y un retablo de lentiscos—,
tiene, en lo alto cipreses,
y, abajo, toros y olivos;
ermitas casi en las nubes
y, arrodillados, los trigos;
y en el mármol de sus patios
—mirando, un miramelindo—,
el surtidor rejonea,
con luz, el aire retinto.

Allí, naciste torero
porque lo quiso tu sino,
con tu tristeza de sauce
y tu empaque de obelisco.
Facistol, centras el ruedo
como quien sostiene un libro.
Si del Guerra la sentencia
la estampa de Lagartijo.

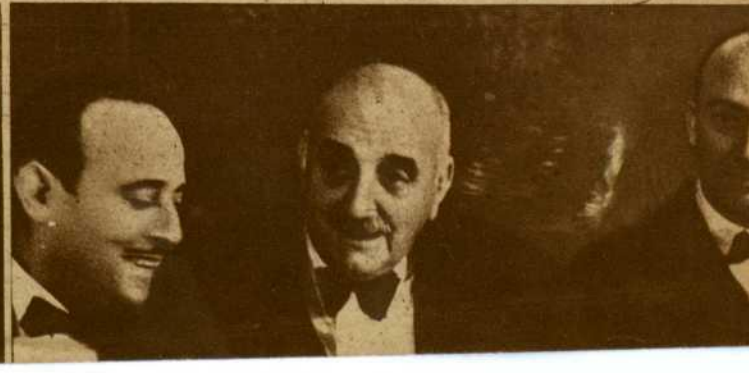
Si el sol gira en tu muleta,
tú, girasol amarillo,
en tu jardín de alamares,
que no burles el peligro
sino con el leve vuelo

de la abeja junto al lirio,
susurrando esquivas áureo
el más berrendo mugido.
Cuando la sangre patricia
oye su pulso contigo,
si evangelizas los toros
con tu evangelio taurino,
Séneca y San Rafael
te aplauden desde el tendido
y el Arcángel te hace un quite
casi a farolazo limpio.
De la sangre de mil toros
otros mil renacen vivos,
sepulturas de tu estoque
al descabellar sus mitos.
Tu Medina Azahra tiene
baluartes numantinos,
califatos de jazmines,
campamentos de estoicismos...
Y cuando Lucena apaga
sus velones encendidos
y el Guadalquivir cornea
contra puentes y molinos,
Córdoba, al velar tu sueño,
vela al mejor de sus hijos...

José María Alfaro y Manolete, en la mesa presidencial

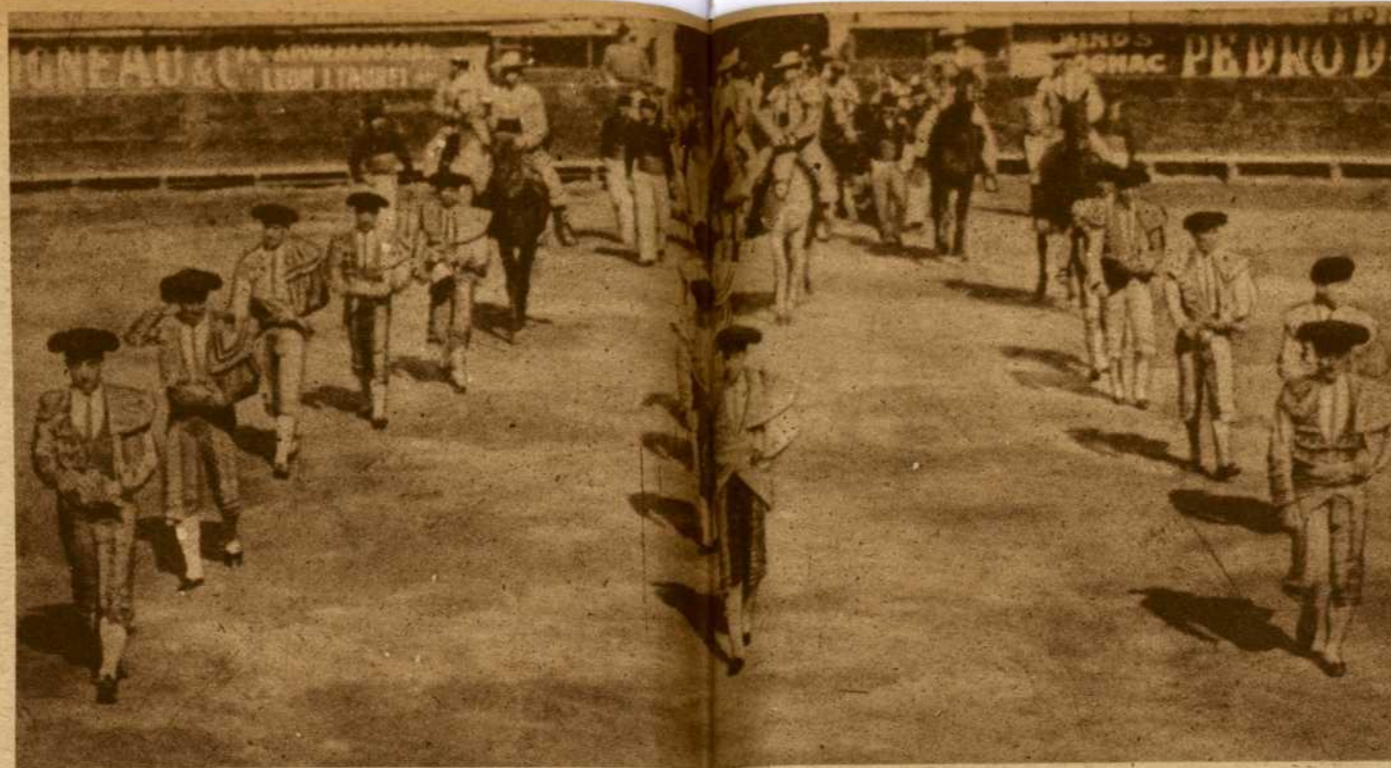
Manolete y el director de EL RUEDO

Don Ramón Herrera, Fernández de Córdoba y Camará





Una antigua fotografía de Vicente Pastor, convertido en experto automovilista. ¡Y qué automóvil, caballeros!



Méjico, 25 de febrero de 1912. Emitio Bomba, Vicente Pastor y Rodolfo Gaona, haciendo el paseo de las cuadrillas



Vicente Pastor paseando en coche por Bilbao, convaleciente de la grave cogida que sufrió en aquella Plaza

HISTORIA TAURINA DE VICENTE PASTOR

Otra vez en Madrid. - Un consejo cumplido, al fin, por Vicente. - ¡A los toros de Carabanchel! - Datos para la historia de una plaza. - Cómo acabó el año 1898. - La lucha de las leonas, «Sabina» y «Nemea», con el toro «Pandereto». - ¡El que pagó los vidrios rotos! - Su alejamiento de la Plaza madrileña



Ayer

Soy yo ahora quien tiene que enmendar la plana a Vicente Pastor. Si, porque éste, en sus notas de las corridas toradas en 1898, omitió, en parte, la celebración de la novillada que tuvo lugar en Madrid el 18 de diciembre de dicho año, siendo nuevamente empresario Niembro, al hacer acto de presencia sobre las crestas del Guadarrama las primeras nieves, dispuestas, como casi siempre, a lanzar pulmonías a diestro y siniestro.

Fueron, por consiguiente, cuatro y no tres las actuaciones del Chico de la Blusa en la vieja Plaza madrileña, en aquel tan fatidico año para nuestra amada Patria.

Esta cuarta exhibición del Chico ante sus paisanos, fué precedida por un relojero, precisamente de la calle de Embajadores, llamado Francisco Arteaga, que ostentaba la representación en el Ayuntamiento de sus convecinos, sin más méritos para ello que su facilidad en arreglar esos instrumentos, máquinas o aparatos que sirven para medir el tiempo.

En aquella novillada, y como prelude de la misma, un desventurado, Miguel de las Heras, el Corote, dió un espectáculo lamentable, pretendiendo matar, subido en unos zancos, un morucho embolado.

En el segundo acto de la fiesta, Manolito Mejías, Bienvenida, padre de los actuales matadores de toros, auxiliado por el autor de sus días, toró y mató lucidamente dos becerretes de Guerrilla.

Y como contera, epilogo o «cantarella» de la invernal corrida, nuestro Chico de la Blusa se las entendió, vistiendo aun el traje verde y plata, con dos toracos, mansos, de don Felipe Fernández, antes de doña Carlota Sánchez de Terrones, llamados—las reses—Carnicero y Desahogado.

A pesar de que Vicente hizo en todo momento alarde de voluntad y de deseos para triunfar con los astados, no pudo conseguirlo, recibiendo por primera vez en la vieja Plaza un recado del presidente, cuyo cronómetro, por razón del oficio de su propietario, debía marchar a las mil maravillas.

Duramente le trataron algunos revisteros, entre éstos el que en *El Torero* se firmaba «Juan de Invierno», aquel que, cuando Vicente toró a los embolados, decía en verso que lo verificaba mejor que muchos diestros que presumían en la antesala del café Suizo.

Veán ustedes el consejito que le daba a Pastor dicho revistero: «El Chico de la Blusa, que ha hecho ya otra intentona en el Circo Taurino de la Corte, no puede resistir una crítica y si sólo merece un consejo, y es que toré dos o tres años fuera de la Corte y cuando aprenda más y esté más cuajadito, que se atreva a hacer otro ensayo en la Plaza de Madrid».

Desempolvado queda este palito para que el lector no dude de la sinceridad de este modesto narrador, no juzgándole de apasionado cuando llegue el momento de cantar los triunfos del torero.

Excuse decir a ustedes cómo estas palabras de «Invierno», en pleno diciembre, dejaron al Chico.

¡Completamente helado!

¡Menos mal que Vicente debió pasar unas Pascuas felicísimas con aquel par de «regalitos cornudos» que por anticipado le hizo la Empresa!

De las doce corridas, complemento de las dieciséis—y no catorce como dije en el capítulo anterior—, toradas en 1898, fué la ya citada de Zaragoza el 19 de marzo, la primera en que actuó aquel año fuera de su tierra, novillada en la que en unión de Sebastián Silván, Chispa, despachó cornudos de don Jorge Díaz.

Después de estoquear en Getafe dos moruchos el 12 de junio, don Francisco Romero, propietario y empresario, como ya tengo dicho, de la Plaza de Carabanchel Bajo, se puso al habla con el Chico para que en ella toréara.

Este carabanchelero palenque—precursor del actual de Vista Alegre, hoy en periodo de reconstrucción—era en aquellos tiempos la antesala de la vieja Plaza de Madrid.

Por su cuadrado albero desfilaron bastantes novilleros que más tarde llegaron a ser matadores de toros.

Celebráronse allí festivales por los aficionados aristócratas—uno recuerdo en el que tomó parte como matador don Leopoldo de la Maza, banderilleando el famoso lidiador Antonio Fuentes cuando se hallaba en todo su apogeo.

En él, los célebres jóvenes sevillanos Manuel Molina, Algabésito, y Rafael Gómez, el Gallo—entonces Gallo—, llevando en su cuadrilla como banderillero al Manuel Jiménez, Chicuelo, padre del actual diestro, presentáronse an-

te los aficionados madrileños antes de hacerlo en la Plaza grande.

Funcionó asimismo una Escuela de Tauromaquia dirigida por el matador de toros, que se hallaba retirado, Angel Fernández, Valdemoro, de la que no salió ningún discípulo aventajado y entre los que se encontraba un servidor de ustedes.

Plaza, base, como antes expresé, de la de Vista Alegre—la alegre chata, como la llamé «Don Modesto» en uno de los momentos de su buen humor—, que en su historia guarda una estrecha relación de carácter criminoso, porque en la de palos se lidiaban muchos toros «asesinos», y en la de mampostería actuaron, y no una sola vez, dos bandoleros: «El Vivillo», como picador, y «El Pernal», su otro apodo, como matador, sin duda para no perder la costumbre.

Pues en aquel caso de palos y stalanqueras, Vicente toró aquel año 98 las seis siguientes corridas: una, en junio, el 26, matando reses del conde de Revilla con Campitos. Dos, en julio, el 3 y el 17

con dicho Campitos y Valentín Conde, lidiándose en ambas reses de Buenabarba, y tres, en agosto, los días 7, 14 y 21, corriéndose, respectivamente, novillos del último expresado ganadero, de un tal Gutiérrez y de otro titulado Colmenareño, que sólo Dios podrá saber quién era, alternando con Redondo y Juan Pedro Estéras.

La del día 7 fué anunciada en competencia con Redondo, al que ganó la pelea, recibiendo un «espléndido» regalo del empresario, y la del 21 se organizó para librarse Vicente del servicio militar, obteniendo como beneficio la respetable cantidad—en calderilla, según el costumbre de Romero—de cien pesetas.

El 9 de septiembre actuó en San Martín de Valdeiglesias; el 2 de octubre en Valladolid con Eduardo Leal, Llaverito, reses de Cuadrillero, y el 8 de noviembre lo hizo en Toledo.

En total, dieciséis novilladas, en las que mató treinta y dos

El picador Aventurero estrecha la mano de Vicente Pastor después del formidable quite que le hizo en la Plaza de Madrid



novillos, dando un considerable ingreso a la Compañía de Tranvías de Leganés, porque en aquellas seis corridas consecutivas carabancheleras fueron algunos millares de aficionados madrileños que, creyendo ya en Pastor, acudieron a presenciar el trabajo del que consideraban «chico» en grande.

Y ya nos encontramos en el año 1899, precursor de la agonía del siglo XIX, de tan amargos recuerdos para los españoles.

Seguía aún rigiendo los destinos taurinos invernales de la tantas veces citada Plaza vieja madrileña, Perico Niembro—asi le llamaban sus íntimos—, e influenciado por su carnicero oficio, para el día 23 de enero, festividad de San Ildefonso, organizó otra lucha feroz, encerrando en una fuerte jaula de hierro, bajo la dirección de Niembro construída, a dos infelices leonas llamadas «Sabina» y «Nemea», con el toro Pandereto.

Y como Vicente tenía, por lo visto, la exclusiva para intervenir en esta clase de espectáculos, dado su carácter de luchador para abrirse paso en el camino del toro, el empresario le contrató para toréar en él.

Tenía seguramente el Chico clavada la espina de su última actuación y, sobre todo, aquel consejo del revistero de *El Torero*, y apenas le envió la empresa, dijo: ¡Quiero!

Dos becerros toró y mató en esta corrida el también madrileño Gregorio Tarravillo, Platerito, y seguidamente, ante la expectación del público que llenaba el Circo, hicieron los preparativos necesarios para dar comienzo la lucha. Desencenajados en la jaula los dos ejemplares de la raza felina por su domador Mr. Manlleu, hicieron lo propio las asistencias de la Plaza con el de la bovina.

Apenas los divisó Pandereto, arremetió contra las pobres leonas, siendo volteadas horriblemente.

«Sabina» y «Nemea», puestas de acuerdo, empezaron a huir dando vueltas por el jaulón, asustaditas las pobres ante aquel ciclón pitonudo.

Y como cuando uno o dos no quieren, tres no regañan, a los quince minutos de empezar la contienda se dió por terminado el acto, quedando vencidas por «k.o.», y no técnico, las desdichadas mamíferas félicas de rubio pelaje.

Fué entonces cuando surgió el numerito del programa. Otra nueva lucha sostenida para retirar a las fieras del lugar del combate.

Pandereto, sin perder de vista a las leonas y siguiendo en plan de castigador, se obstinó en no salir de la jaula. Y como el tiempo pasaba y la noche se echaba encima a pasos de gigante, el presidente tuvo la genial ocurrencia de ordenar la salida del novillo destinado para la lidia ordinaria.

Apenas pisó éste la arena, que en aquel mes de enero no se la podía llamar candente, se arrojó a los hierros de la jaula tomando tal querencia con Pandereto, que no hubo manera de separarle de él, a pesar de los millares de capotazos que le dieron el Chico de la Blusa, que estaba negro con aquel incidente, y todo el personal subalterno de a pie.

Ordenó entonces el edil que los picadores cambiaran los terrenos para entrar en funciones, abandonando las tablas de la barrera para situarse junto a los hierros de la jaula, y loé de la mona y la calzoña, aperridos del espesor de los barrotes, dijeron que nonez, quedando interrumpida la lidia mientras el público ponía el grito en el cielo.

¿Cómo se terminó aquel vergonzoso espectáculo?

Pues de la siguiente manera: Mr. Manlleu ató, desde las afueras, naturalmente, a las leonas a uno de los barrotes de la jaula, funcionó entonces el cabestrero, se llevó éste a Pandereto, y en el ruedo quedó el novillo destinado para ser matado, constantemente arrojado a la jaula, continuando de esta manera la lidia, que se hizo imposible, hasta el extremo de transcurrir el tiempo reglamentario, pagando el pato el Chico de la Blusa al recibir los tres recados presidenciales.

Con el estado de ánimo que es de suponer terminó Vicente la corrida, sus partidarios de los barrios bajos salieron de la Plaza como para pedirles dos duros y un cronista en puntas, Angel Casmaño «El Barquero», protestó desde su tribuna taurómaca de *Heraldo de Madrid* del mal trato que se venía dando al joven torero por parte de la Empresa.

¡Y entonces si que Vicente Pastor hizo caso al revistero del semanario *El Torero*, porque durante aquel año 1899 ya no volvió a pisar el ruedo del madrileño coso.

DON JUSTO



Hoy

Un pase de pecho de Vicente Pastor





EL PLANETA DE LOS TOROS EN EL PATIO DE CABALLOS

Por ANTONIO DIAZ-CABAÑETE

PARA los madrileños que queremos a Madrid con cariño de verdaderos hijos, que sentimos a la ciudad como algo más que una aglomeración urbana, la desaparición de cada piedra es un golpe que repercute en nuestro corazón. Odiamos los derribos con furia, aunque el derribo sea de una casucha insignificante. A lo mejor, esa casucha insignificante guardaba algo entrañable para la pequeña historia de Madrid. Y la lloramos con el mismo desconsuelo y aflicción que a un ser querido. Figúrate lo que supondría para nosotros los sentimentales que así pensamos la desaparición de la Plaza de Toros que estuvo situada al final de la avenida que hoy lleva el nombre de Felipe II. Aquella Plaza, que vio nacer nuestra afición taurina cuando apenas hablamos salido de la niñez; aquella Plaza escenario de faustos y hazañas aun no superadas; aquella Plaza tan alegre y tan íntima, que parecía una prolongación de nuestro hogar, adonde acudíamos todos los días de corridas con la misma ilusión que a una cita de amor; aquella Plaza, bonita como una flor, cayó un día estúpidamente por la decisión de unos señores que ahora, al cabo de los años, hemos comprendido que no sabían lo que hacían!

Pero la derribaron. Y edificaron otra. Y ahí está en las Ventas del Espíritu Santo, que es el sitio donde hace más aire del mundo. Que cada cual la juzgue según su criterio. El mío me lo reservo para mejor ocasión. Pero esta Plaza tiene un gravísimo defecto. Carece de patio de caballos, pese a su pretendida monumentalidad. Y esto es imperdonable. Esto es algo como si en una casa entráramos y la primera habitación fuese una alcoba. Evidentemente, esto sería molesto para los habitantes de la casa y para sus visitantes. Pues igual una Plaza de Toros sin patio de caballos. Ya sé que en una Plaza de Toros hay que entrar por múltiples puertas que comuniquen lo más directamente posible con las localidades. Estas son las puertas para el público advenedizo y ocasional. Toda Plaza de Toros que se estime debe contar con un patio de caballos suficiente para contener a ese número de aficionados que necesitan saborear allí, en aquella antesala o vestíbulo, los momentos interesantísimos que preceden a la salida de las cuadrillas.

En mi corta vida de escritor he evocado en más de una ocasión el patio de caballos de la anterior Plaza madrileña. Si pudiera —y quizá algún día lo intente—, le dedicaría todo un libro. Era algo único y maravilloso.

Los que gustamos de ir a los toros con antelación a la hora de comenzar la fiesta no sabemos lo que hacemos en esta Plaza actual. Nos falta el patio de caballos. El acceso al angosto e irregular espacio que hace sus veces está prohibido, porque en cuanto entraran unos cientos de personas no se podría dar un paso. No era muy amplio ciertamente el tan añorado por mí; también había sus apreturas; pero desde luego era capaz y suficiente. Y, sobre todo, tal era su encanto, que todas las incomodidades, pisotones y prensamientos se toleraban no ya con resignación, sino con placer.

Hay mucha gente que necesita como el comer dar la mano a los toreros antes de comenzar la corrida, deseárselos suerte y atibar el estado de ánimo en que se encuentran. Me parece muy bien. Desde chiquitito lo he hecho yo, cuando eran para

mí los toreros seres fabulosos e inasequibles a mi amistad. ¡Cómo admiraba y envidiaba a estos sujetos que llegaban al patio de caballos, se colocaban muy cerca de la puerta de la calle, y en cuanto la traspasaba un torero le tendían la mano y le decían familiarmente:

—¡Hola, Manolo! ¿Qué hay?

Como si se encontrara a Manolo dando un paseo por la calle de Sevilla, vestido de luces. Y Manolo le contestaba:

—Bien. ¡Y tú, Pascual?

Y le daba un golpecito en la espalda. Entonces Pascual no se cambiaba por nadie. Entonces a Pascual le rodeábamos unos cuantos y nos quedábamos embobados mirándole como a un bicho raro. Era nada menos que un amigo del matador. Y él se daba cuenta en seguida de esa mezcla de envidia y de admiración y con la campechanía tan privativa del pueblo madrileño nos informaba:

—Hoy va a dar Manolo una buena tarde de toros; se lo he notado en cómo me ha dicho: «Bien. ¡Y tú, Pascual!» Es íntimo mío, como hermanos; le conozco desde que era así.

Nuestra envidia y admiración se redoblaban con estas palabras. En seguida uno del grupo le ofrecía tabaco y todos nos declarábamos partidarios de Manolo y nos sentíamos también amigos de la infancia del diestro y al llegar a nuestra localidad informábamos a nuestros vecinos:

—Hoy viene Manolo que echa humo; al darle la mano en el patio de caballos quemaba de ganas que trae de arrimarse. Es más que un hermano mío; nos hemos criado juntos.

Si nuestros vecinos eran gente de buena fe, a su vez nos envidiaban y admiraban, y si Manolo tenía una buena tarde, se rompían las manos aplaudiéndole y volviéndose hacia nosotros decían:

—Acertó usted, compadre; el Manolo echa humo.

Y nosotros sonreíamos y engordábamos tres kilos.

Si al Manolo se le torcía la cosa, pasábamos un rato amarguísimo, casi peor que él en el ruedo, porque eran inevitables las cuchufletas y las puyás.

—Conque echaba humo, ¿eh? ¡Gasolina es lo que echa, que parece un automóvil de lo de prisa que huye!

Por lo regular, los toreros desfilan muy de prisa por el patio de caballos camino de la capilla o de la puerta de cuadrillas; pero algunos, al ver a un Pascual cualquiera o a un amigo de verdad, se detienen con él y charlaban unos momentos. Inmediatamente los conspicuos y asiduos asistentes al patio de caballos formaban círculo apretado y cerradísimo en torno a los interlocutores para no perder sílaba de lo que dijeran. La conversación casi siempre era semejante a ésta:

—Oye, Rafael—le decía el amigo al matador—; ayer no pude ir a verte porque se me hizo tarde.

—¡Ayer? ¡A verme? ¡Ah, sí! ¡Tu familia buena?

—Vamos tirando... ¿Qué? ¿Vienes con ganas?

—Se hará lo que se pueda.

—Antes de que se me olvide. Uno de estos días tenemos que comer juntos.

—¿Comer juntos? ¡Ah, sí! ¡Bueno! ¡Claro! ¡Tu familia buena?

Y le alargaba la mano al amigo.

El cual, pareciéndole poco, la desdeñaba y le pegaba un abrazo con muchos palmetazos en las espaldas protegidas por el oro de la chaquetilla. Y en cuanto el matador se alejaba decía con tono sentencioso, a la par que lastimero:

—¡Qué bueno es! ¡Tan buena persona como buen torero!

Esta frase y las anteriores de la interesante conversación corrían de punta a punta el patio de caballos, y el amigo de Rafael paladeaba la gloria que correspondía a su amistad. Por eso, había tenido buen cuidado de referirse a lo de comer juntos y a la entrevista frustrada del día anterior. Lo de menos era que fuese verdad; el efecto estaba logrado.

¿Comprendéis lo que significa en una Plaza de Toros el patio de caballos?

Una corrida de toros no es un espectáculo cualquiera. Posee infinitos encantos al margen y como complemento de la fiesta. Uno de ellos éste del patio de caballos que ligera e imperfectamente, consignado queda.

En provincias también son muy buenos los tales lugares; casi mejor que en Madrid, porque los aficionados locales aun están más ansiosos de codearse y hablar con los héroes de la torería. Ya hablaremos en su día de ellos.



AFICIONADOS
DE CATEGORIA
Y CON SOLERA

Don José Carlos de Luna

Poeta, escritor y ex garrochista

"El mejor muletero fué BOMBITA"

ESTAMOS hoy ante un gran poeta, un gran escritor y un gran señor. Un gran señor al modo andaluz, obsequioso y jovial, que fué ganadero y garrochista, con una cultura que él disimula bajo la capa anecdótica y amena, con un saber de toros que hace que una charla con él sea una lección amable, una fácil entrevista en la que el reportero no hace otra cosa que preguntar y apuntar, porque las respuestas de don José Carlos

de Luna llegan redondas, pausadas, terminantes, entre el humo del tabaco habano y mientras acaricia con la mano el libro cuya lectura ha suspendido cuando hemos llegado hasta su despacho-biblioteca.

—La primera vez que fui a los toros fué en Málaga. Aun vivía Romero Robledo. Mi padre me llevó al palco en el que estaba con el gran político. No me acuerdo de quiénes toreaban, pero sí de que en el palco, a mi lado, estaba Lagartijo. Y me acuerdo porque me regaló una navajita de plata. Vi a Mazzantini, al Guerra y a Reverte, pero cuando empecé a darme cuenta de lo que son los toros y a discutir, fué en la época de Antonio Fuentes, de Bombita, del Algabeño padre... Naturalmente, yo tenía que resultar aficionado a los toros porque en mi familia hay una tradición ganadera. Mi padre, mi abuelo... Siempre nuestra ocupación ha sido el campo y el ganado. La cría de toros y de caballos. Si bien nunca hemos tenido ganadería de hierro, para lidiar. Y eso que yo he poseído camadas hermanas de las actuales del conde de la Corte, es decir, de las antiguas de Parladé. Mi vida ha estado en el campo, en las dehesas, sobre un buen caballo y con una garrocha en el brazo. Porque, eso sí, he sido, aunque me esté mal el decirlo, un buen garrochista. Mi amistad con todos los ganaderos, Parladé, Pepe Domecq, Miura, Pablo Romero, me hacía ir a todos los tentaderos que celebraban y en ellos practiqué siempre, perdóneme usted la vanidad, mis habilidades con la garrocha.

EN LO QUE NO PUDO TRIUNFAR JOSELITO

—Aficionado a los toros, lo que se dice por aficionado en todo el valor de la palabra, lo empecé a ser con Ricardo Torres, Bombita. Tiempos también de Machaquito y Vicente Pastor. Con Bombita me unió una amistad muy grande. El caso de Bombita es singular. Se le hizo justicia cuando toreaba; posteriormente, no. Hoy se le nombra como a uno más, siendo así que fué un caso aparte.

—¿Tanto?

—Para mí, con la muleta fué único. Yo me situé, por supuesto, en su época y como se toreaba entonces.

—¿Entonces, era más grande que Joselito y que Belmonte?

—Lo que digo es que fué el mejor muletero. En

cuanto a Joselito y Belmonte, yo no tomé partido por uno o por otro. Apreciaba en cada uno lo que les caracterizaba. Joselito fué, para mí, el torero más completo, aunque eso no quiere decir que fuera el que más me gustaba, porque Joselito era... soso. Reunía todas las cualidades. Tenía unas facultades, una inteligencia y sobre todo una afición de lo que no se estila hoy. No hablaba más que de toros y en invierno aun parecía más aficionado. Y lo curioso que todo el orgullo de José lo ponía en acosar, en lo que fué una medianía, tirando a mal. Los ganaderos le daban ceba y le regalaban los mejores caballos, pero nunca pudo consumir su sueño. En el tentadero de Tamarón, en colaboración con Luis Mora de Figueroa, Joselito vió cómo se le fueron dos o tres becerras. Estaba desesperado. En aquella ocasión, dijo: «Daría todo lo que soy, toda mi fortuna, mi gloria, mi fama de torero, ¡todo!, me conformaría con no ser más que un mozo de cortijo, un conocedor de ganadería, a cambio de ser el mejor garrochista.

CUANDO EL TORO SE CIVILIZA

Y ahora hablamos de lo que está de moda hoy: del toro.

—El toro ha ido a menos y por ello la fiesta ya no es aquello que nos emocionaba y nos llegaba al corazón. Se ha convertido en un espectáculo, simplemente. Y ya no hay por qué llamarlo corrida de toros. Al achicar la cabeza de las reses, el esquelito se ha achicado también. El toro ha perdido mucho, mucho... Ya no acomete: topa. Le queda un lejano recuerdo de bravura, lo que pudiéramos llamar el «son». Es la consecuencia de los procedimientos de cría actual. Los toros se criaban antes en estado salvaje, en dehesas de mil quinientas hectáreas para arriba, sin verse unos a otros. Las carnes se movían mucho en aquellas grandes extensiones. Hoy, se los cría en huertas de alfalfa, viven a mesa puesta y con piensos estudiados para que no ganen demasiadas vitaminas. En una palabra, los toros se han civilizado, se han hecho casi urbanos.

LO FUNDAMENTAL EN LA FIESTA

—¿Qué es lo que más estima usted de la fiesta?

—Lo primero el toro, que es lo fundamental. Y por afición al toro seguimos yendo a la Plaza. Mire usted, en esto pasa lo mismo que cuando llevamos mucho tiempo yendo al mismo restaurante. Empezamos a ir porque la comida era buena. Después, el servicio fué cada vez mejor; manteles de seda, cubiertos de plata, copas de cristal de Bohemia... Y la comida, cada vez peor. Sin embargo, seguimos frecuentando el mismo establecimiento por atavismo, por gratitud... Hasta que un día tenemos hambre y no vamos más. Pues algo de eso pasa o va a pasar con el toro. Hay que domeñar a la fiera, pero si no hay fiereza, se acabó el carbón y sobra todo.

SOBRE LA SUERTE DE VARAS

—¿Qué aspecto cree usted que ha decaído más en las corridas de toros?

—La suerte de varas. Sin embargo, reconozco



que tal como se practicaba era una crueldad y que vale la pena sacrificar un poco la bárbara belleza que tenía; pero ha perdido mucho y lo que se ha quitado de crueldad para el caballo se ha ganado en crueldad para el toro. Habría que volver a la garrocha antigua, único modo de obligar a los picadores a que piquen en el sitio.

—¿Con qué toreros ha tenido amistad?

—Los he conocido a todos. Amistad grande he tenido con Bombita, con Machaco, con Fuentes... También fui amigo de Joselito y me honro con serlo de Belmonte. De los de ahora, quiero mucho a los chicos de Dominguín, así como a los de Bienvenida. Son todos unos excelentes muchachos. Y a Pepote, con Domingo Ortega; los considero los más completos toreros de la actualidad.

EL TEMOR A SER AGRIO

—Bien, don José Carlos, hablemos ahora un poco de sus escritos taurinos.

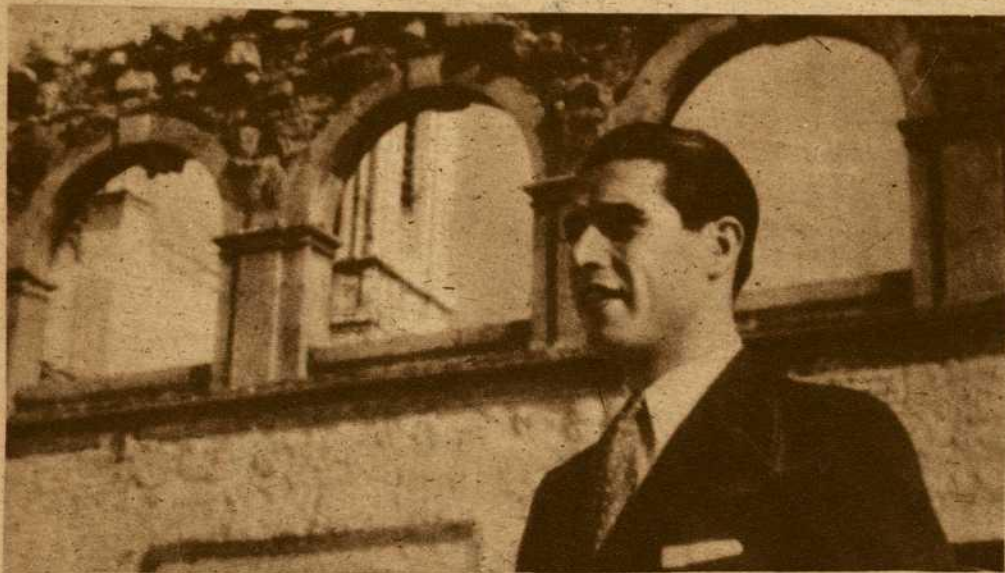
—La verdad es que yo, de toros, aparte los versos, sólo había escrito sobre el toro en el campo. Mis artículos taurinos son bien recientes. Datan de la aparición de EL RUEDO. Sí quiero que diga usted que me gusta muchísimo escribir esta clase de trabajos. Por supuesto, yo no escribo más que sobre lo que me agrada. Diga usted también que tengo el resquemor de aparecer agrio, porque en la mayoría de los temas taurinos que trato se aportan críticas y cuando se enfrenta un noblemente con esta labor siempre resulta un poco áspera o por lo menos me lo parece a mí. Desearía hiciera constar que cuando escribo no me acuerdo de nadie, lo hago de un modo puramente objetivo y sin apuntar jamás para determinados lados. Si es cierto este resquemor de que le hablo, nada tan lejos quizá de mi ser y de mi carácter. Estimo que sobramos escritores con incensario para ser yo uno más. Si el botafumeiro no existiera, es posible que entonces viera las cosas de otra manera y me decidiera a echar una mano. Pero no es necesario. Sobran plumas para alabar.

Y don José Carlos de Luna nos mira a través de los cristales de sus gafas, mientras abre una caja de cigarros puros y traza en el aire con uno de ellos el final—para nosotros magnífica—de la entrevista periodística para pasar a otra clase de charla: a sus libros en preparación, a sus cuadros, a las noticias que acaba de recibir de tierras andaluzas...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

CHARLA DE FIN DE TEMPORADA

"Las reses mejicanas son de menos casta y peligro que los toros españoles"
"No considero el tercio de banderillas de capital importancia"



El mejicano Fermín Rivera posa para "Marca" en el exterior de la iglesia de los Jerónimos

DEAMBULÁBAMOS sin prisa por entre la escenografía otoñal del Retiro, tan complicada en su variedad infinita de tonos y colores. Al llegar a la altura del Museo de Reproducciones, Fermín Rivera propuso una visita a la inmediata basílica de los Jerónimos. En un principio, supuse le atrajeran las bellezas artísticas, pero el apoderado del mejicano me sacó del error al apuntarme en tono confidencial: «La predilección de estos muchachos por esa iglesia es a causa de venerarse en ella su Patrona, la Virgen de Guadalupe.

El plural empleado por Argomániz abarcaba a Antonio Rangel, matador de toros en su país y novillero por ahora en España. Después de bisbisear una oración, abandonamos el templo, a la sazón silente y solitario. Era pronto todavía para ir en busca del almuerzo y decidimos continuar saboreando las caricias del sol acodados sobre la balastrada del pórtico.

Los sonidos lejanos, como si rebotasen en el aire, iban y venían hasta nuestra ocasional atalaya, confundiendo en susurrante algarabía. Fermín Rivera, con la mirada absorta en el horizonte, miraba sin ver la floresta del Paseo del Prado. Acaso su imaginación volara en aquellos momentos tras la fronda de los cocoteros, cedros y tamarindos de los valles de la mejicana Sierra Madre.

De su morosa delectación vino a sacarle la primera de mis preguntas:

- ¿De qué parte de Méjico es usted?
- De San Luis de Potosí—dijo, volviendo a la realidad.
- ¿A quién debe su inclinación hacia la tauromaquia?

—A mi padre, aunque esto no sea lo corriente. El fué el que me transmitió su afición y el que fomentó mi ilusión de ser un buen torero. Empezé por llevarme a las tientas de las ganaderías cercanas a mi ciudad natal—La Punta, Santo Domingo, Ibarra y Santacilia—, y creyó enloquecer de alegría al verme estoquear un becerrillo en un festival de aficionados. Aquel día colgué para siempre mis estudios del Bachillerato.

—¿Dónde tuvo lugar su primera corrida en plan serio?

—En el ruedo de Tenangó del Valle—Estado de Méjico—, en una novillada a cargo de Ricardo Torres y Heriberto García.

—¿Qué papel desempeñó usted en esa corrida?

—Fui anunciado como sobresaliente, con la obligación de matar el sexto novillo. Regresé a San Luis radiante de satisfacción, llevando en la maleta cuidadosamente guardadas las orejas y el rabo de mi enemigo y ciento cincuenta pesos en la recién estrenada cartera.

—¿Qué edad tenía al principiar su carrera taurómaca?

—Esto que le hablo sucedió en octubre del 34 y yo tenía entonces mis buenos dieciséis años.

Rangel, que desde un principio nos escucha, interviene para exclamar:

—¡Quién pudiera contar con una iniciación tan brillante como la que tuvo Fermín! Como aquélla se han visto muy pocas en Méjico.

—Pues, si usted o su amigo no son más explícitos...

—Se refiere Antonio—continúa Rivera—a que a raíz de mi presentación en la Plaza del Toreo mi nombre permaneció en dieciocho corridas consecutivas celebradas en aquella Plaza. Y si se rompió la continuidad, fué a causa de la grave cornada que me produjo un toro de la ganadería de Jalpa en el tauródromo de Nuevo Laredo.

—Con ese record la alternativa no se haría esperar.

—Tardé dos meses en reponerme del percance y el 8 de diciembre de 1935, en la Plaza de mis triunfos mejores, Fermín Espinosa, Armillita, me otorgaba el doctorado ante Fernando Domínguez, que hacía aquel día su presentación en mi país. Lidiamos ganado de Rancho Seco y pude cortarle la oreja al cárdeno claro de mi alternativa.

—¿Cuál ha sido hasta la fecha su mejor temporada?

—Sin duda alguna, la de 1940. En ella conocí la alegría de que me otorgara el público de la Plaza del Toreo la Oreja de Oro. Este trofeo se disputa en una corrida en la que intervienen los seis espadas que más corridas han sumado durante la temporada.

—A usted, ¿con quién le tocó competir?

—Con Carnicerito de Méjico, Armillita, Eduardo Solórzano, El Soldado, Lorenzo-Garza y El Calesero.

—Y en España, ¿cuál ha sido su tarde más completa?

—Una de la feria de Valladolid.

—El 24 de septiembre—recuerda Daniel Argomániz—intervenia con Chicuelo, Domínguez y Angélete en la lidia de ocho toros de Molero, que dieron excelente juego. Fermín cortó orejas, rabos y una pata y fué llevado en hombros hasta el hotel.

—Así me explicó que después de Arruza sea usted entre los toreros mejicanos la figura más solicitada por los empresarios. Y, ¿su tarde menos aceptable...?

—La de mi presentación en Barcelona; aquí influyó un hecho fortuito que me hizo perder el control de mí mismo, y con los nervios en desorden es difícil que las cosas salgan bien.

—¿Qué fué ello, si puede saberse?



Fermín Rivera paseando por Madrid



El diestro de San Luis de Potosí, en su charla para EL RUEDO

FERMIN RIVERA habla para EL RUEDO

"Admiro el clasicismo y la pureza que imprimen los toreros de España a su toreo de capa y muleta"
"En la próxima temporada se verá una pugna noble y acaso emocionante"

—Pues que llegó la hora de salir al ruedo y mis banderilleros no habían comparecido. Soltaron el primero, que correspondía al Estudiante, y sin saberse nada de mis subalternos. Salió al ruedo mi primer toro, y yo sin peones, mirando a todas partes como si esperase verlos surgir de las entrañas de la tierra. Al fin, cuando ya los clarines anunciaban el cambio del primer tercio, aparecieron sudorosos, echándose las culpas mutuamente, sin duda para que no me los comiera con traje de luces y todo.

—Para otra vez se impone que adopte usted sus precauciones si no quiere verlos aparecer al día siguiente de celebrarse la corrida. ¿Quiere decirme a qué toreros españoles recuerdan más en su país?

—Son muchos los diestros de España que allí dejaron excelente testimonio de su paso: Chicuelo, Ortega, Cagancho y el difunto Manolo Bienvenida, así como Gitanillo de Triana, que con una sola tarde conquistó a la afición.

—¿Qué viene a costar en Méjico una corrida de toros?

—Piedras Negras, San Mateo, La Laguna, La Punta, etc., son ganaderías de antiguo renombre por el afán que tienen en que su ganado sea lo más parecido al toro español, y el precio de una corrida de estas divisas viene a ser de unos nueve mil pesos.

—Que convertidos en pesetas serán...

—... alrededor de las dieciocho mil pesetas.

—¡Pero, hombre! ¿Qué altruistas y desinteresados son los ganaderos de su país, si los comparamos con los nuestros! ¡A lo mejor cualquier día se contagian de aquéllos! Y, ¿qué diferencias halla usted entre el toro español y el mejicano?

—Una buena faena hecha a un toro español tiene un mérito superior, si se tiene en cuenta que los astados de mi país son de menos casta y también de menos peligro. Acaso sean más gordos y lustrosos si los parangonamos con el toro español de ahora.

—¿Qué cualidades admira más de los toreros españoles?

—Los diestros de España poseen muchas cualidades apreciables, motivo de lección para los toreros americanos; pero a mí lo que más me admira es el clasicismo y la pureza que imprimen a su toreo de capa y muleta, tan difícil de asimilar para todo aquel que no haya nacido en este bendito país.

—¿Cuántas corridas viene a torear allí un torero de primera fila?

—El que sobrepasa de las veinticinco corridas ya puede afirmar que goza del beneplácito de públicos y empresarios, porque debe tenerse en cuenta que de octubre a marzo, y con festejos sólo los domingos, tiene uno que apretarse bien los machos para alcanzar treinta o treinta y cinco corridas.

—¿Le agrada a usted banderillar?

—Como complemento o adorno de una faena, sí; pero no considero al tercio de banderillas de capital importancia. El mérito y la grandeza del toreo está en la muleta y en la espada; todo lo demás servirá para aumentar el éxito, pero en modo alguno constituirá su fundamento.

—¿Qué ambiciones tiene para el futuro?

—Refiriéndome a un plano más inmediato, mi mayor ilusión es de que con los meses de enero y febrero lleguen las faenas de las tientas para saborearlas tal y como me las han descrito.

—Y ¿luego...?

—Después nos habremos plantado ya en el principio de la temporada y en ella españoles y mejicanos iremos a pelear en buena lid para ver quién alcanza el mayor número de corridas. De esta pugna noble y acaso emocionante saldrán beneficiados los públicos y la fiesta.

Sin duda, el ayuno no se hizo para nuestros acompañantes, y así uno de ellos se dirige a Fermín para decir:

—¿Por qué no le cuentas a este señor lo del pobre del otro día y nos vamos a comer?

—No creo que a lo que se refiere mi amigo le interese a usted.

—Acaso sí, si en ello hay amenidad o interés.

—Pues allá va. Una de estas mañanas venía de jugar a la pelota en un frontón que existe en la semi-desaparecida Playa de Madrid. Iba desaliñado y poco presentable, cuando al llegar a la cuesta de la Moncloa divisé a un mendigo pidiendo limosna a los viandantes. Maquinalmente eché mano a unas monedas y, cuál fué mi sorpresa, cuando al llegar a su altura me miró de arriba abajo y me volvió la espalda.

Extrañado por aquel olímpico desprecio, volví sobre mis pasos para decirle: «Amigo, a mí, ¿por qué no me pide usted?»

Un poco perplejo por mi interpelación, vaciló al pronto, pero en seguida se repuso y, como si me hubiera conocido de toda la vida, me dijo: «¿Que por qué no te pido a ti? ¡Pero si estás tan arruinado como yo! ¡Vete a pedir bien lejos de aquí, no vayas a quitarme «la parroquia»!»

Y yo, anonadado por el gesto entre imperioso y amenazador del pobre, me alejé más que a paso de aquellos parajes.

F. MENDO



Rivera contempla la floresta del paseo del Prado



El rostro de Fermín Rivera, visto por Manzano



Mientras habla para EL RUEDO, nuestro fotógrafo obtiene esta foto

La odiosa clasificación de las estocadas

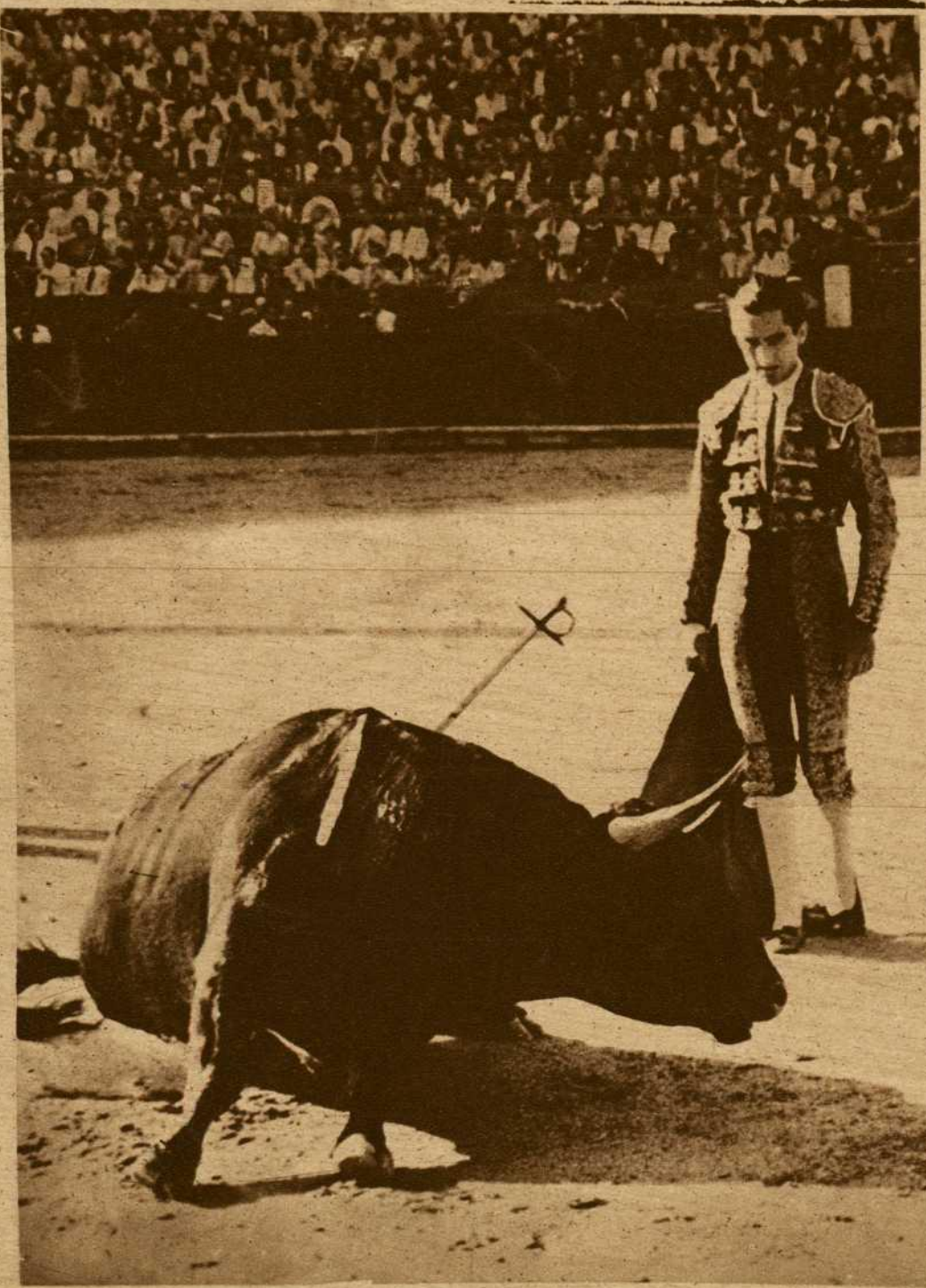
Por FELIPE SASSONE



A PARTE el descabello, del cual hablaré a su hora, y del pinchazo o la estocada que descuerda al toro —y ha de decirse descuerda y no descorda, porque descordar es verbo irregular que se conjuga como acordar—, el toro cae sin puntilla sólo por la estocada normal y perfecta, la que

entra oblicua por la cruz sin desviarse, partiendo vasos importantes del mediastino, o por esa otra que los toreros antiguos y los tratadistas de todos los tiempos dicen que parte la herradura. Como no soy versado a ciencia cierta en la anatomía del toro, ni en ninguna otra, no sé a punto fijo qué es lo que se llama la herradura ni por qué se llama así. A juzgar por la descripción que los tratadistas hacen de la estocada y por el sitio en que penetra, tengo para mí que llaman herradura por su forma a toda la curva que abarca de un codillo a otro del animal pasando por el lomo. Esto establecido pudiéramos decir que parte la herradura la estocada que entre en cualquier punto de dicha curva. Pero la descripción de Montes, de Sánchez de Neyra y de otros, precisa de otra manera. Así dice el segundo de los citados: «Las estocadas que pasan lo que los toreros llaman herradura producen inmediatamente la muerte del toro. Se conoce que la espada corta la herradura en que entra oblicua, un poco baja y en el pecho; el toro se detiene, y sin arrojar sangre por la herida ni por la boca cae a poco tiempo sin necesidad de puntilla. A veces se ve la boca del toro bañada en sangre, pero no la arroja a horbotones como en el golletazo». Como verá el lector bienavisado, digo yo ahora, también los teóricos taurómicos de campanillas se hacen un lío como este cura cuando se ponen a describir. Eso de que la espada entra oblicua se me antoja superfluo e inútil escribirlo, puesto que todas las espadas de matar toros entran oblicuas en el cuerpo del animal; y en cuanto a que sea un poco baja y en el pecho, no se me alcanza cómo a los señores tratadistas les haga falta que el estoque entre, no ya en el pecho, sino en el vientre del toro, para clasificar de bajonazo la estocada. Si herradura se llama un órgano, una viscera determinada del toro, nada tengo que oponer a la falta de hemorragia externa, que el señor Sánchez de Neyra precisa como condición *sine qua non*; pero si no existe herradura propiamente dicha, y ésta no se refiere al cayado de la aorta, y la estocada sólo se clasifica por el sitio externo en que penetra el acero, entonces podrá haber hemorragia externa o no haberla, según los órganos que en su trayecto interese el acero. En resumidas cuentas, yo me atrevo a afirmar que la famosa estocada que parte la herradura es sólo un estupendo bajonazo de padre y muy señor mío. Cuando entrando por el mismo sitio, o acaso un poquito más delantero, el estoque parte la yugular de la fiera, se produce la hemorragia de sangre negra a horbotones y el bajonazo es además golletazo. Por donde el torero que parte la herradura no merece precisamente la oreja del toro, aunque, por no ser excesivamente crueles, no pidamos tampoco que le corten las suyas. A lo sumo, si es un matador muy joven, hijo de toreros, se hace acreedor a que el autor de sus días y maestro de su arte le dé en casa un par de tirones de los apéndices auriculares.

Se me olvidaba advertir y lo advierto ahora, cómo hay otra estocada o pinchadura, invisible para el público, que se da fuera de la suerte de matar llevando el estoque oculto bajo la muleta en un pase ayudado por bajo, con salida por el lado derecho del lidiador. Este, al rematar el pase y fingiendo cesarse a los costillares, mete y saca instantáneamente un tercio de estoque detrás del codillo de la res, y a los pocos segundos el animal dobla las rodillas y se entrega al puntillero. ¿Por qué? ¡Ah! Para contestar a esta pregunta tendría que saber yo tanta anatomía como don José Sánchez de Neyra, el cual, dicho sea de paso y en honor a su memoria, si era en verdad un teórico muy peregrino, era también un buen aficionado y un crítico severo y entendido cuando no pretendía saber más que Merlín. La estocada a que acabo de referirme es la clásica puñalada traspera con que, privados del uso un tiempo licito de la media vuelta, se deshacen de los toros muy avisados los matadores que son más avisados que ellos.



Clasificadas ya las estocadas que producen muerte instantánea, habrá que hablar de otras también mortales de necesidad a plazo más o menos breve, y de las que dejan al toro medio muerto, pero no muerto del todo, y de las que no hacen más que sangrarlo y debilitarlo y dan lugar a que los espadas poco pundonorosos los descabellen vivos. De todas estas estocadas puede decirse, según estén colocadas y según el modo de herir, que son: pinchazo en hueso; pinchazo sin soltar; estocada desprendida, descolgada, caída, baja, contraria, sobrada, delantera, trasera, ida, tendenciosa, atravesada, tendida, perpendicular, pescuecera, y que participan de dos, tres o más condiciones a la vez. Haré la clasificación en la próxima cróniquilla. ¿Para qué? Pues, hombre, por escribir de algo y por saberlo; pero desde luego plenamente convencido de que lo que importa es que el matador hiera con cite previo, y entre derecho, y se reúna con el toro, y no salga por la cara ni barrene al meter el brazo, porque todo ello aumenta las posibilidades de la buena estocada; pero muchas veces la colocación buena o mala del estoque depende exclusivamente de la casualidad.





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

ROSTROS Y FIGURAS EN TORNO AL "MITAD Y MITAD"

No es, ciertamente, esta «peña» de café, en la que tres toreros de mucha enjundia y muchísimo cartel—Manolete, padre, el Guerra y Machaquito—se encuentran reunidos comentando «las cosas del toro», al mismo tiempo que paladean el rico «moka», con unos amigos de sombrero de paja, grandes bigotes y hasta barba, lo que nos ha conmovido al sacar de un abultado sobre que había en

el archivo esta foto. No es esto, aunque cualquiera de los elementos que componen esta histórica fotografía tiene condiciones sobradas para dar lugar a cualquier divagación poética. Desaparecidas mesas de mármol, que piden a gritos las veintiocho fichas del dominó y en cuya blanca y satinada superficie el cliente podía desarrollar sus aptitudes literarias, lápiz en ristre y bajo la vigilancia un tanto amoscada del camarero; olvidados divanes de terciopelo rojo, sobre los que se amontonan cantidades asombrosas de cuartillas, cantando su vida y milagros; bigotes a la borgoñona, de guías recortadas—formas y formas de repartir con arte el vello del labio supe-

rior—; olvidados, casi ausentes de la vida actual y duros sombreros de paja que conocemos de nuestra ya lejana niñez y que bajaron y subieron del tendido al redondel y del redondel al tendido, entre largas ovaciones al matador; gigantescos vasos ya vacíos del «mitad y mitad», con una gran copa al lado para hacerse el refresco de café—unas gotas con un poco de agua y azúcar—y papeles de envolver terrones—¡tres terrones!—y... Y tantas y tantas cosas más capaces por sí solas de conmovier al más empedernido corazón.

Pero podemos asegurar que esto, con ser tan hermoso, con estar pidiendo una crónica cada cosa, no es lo que motiva nuestra ternura.

Es este espléndido cartel de toros, en el que se anuncian las corridas—¡cuatro magnificas corridas!—para celebrar las fiestas de San Isidro en Madrid.

En estos tiempos, en los que con una modesta novillada—tres aspirantes a torero—«pasamos» los días de nuestro Patrono, es más que disculpable que se nos salten las lágrimas al contemplar los nombres que, en aquellos tiempos, componían los carteles de la capital de España—¡ay, cómo se ha olvidado esto!—en sus clásicas fiestas del mes de mayo. Ricardo Torres, Vicente Pastor, Rafael Gómez y Rodolfo Gaona. Hasta la pluma nos tiembla en la mano al escribirlo. Cuatro nombres que ahí

han quedado y para ellos y para regodeo de los madrileños, amantes de la fiesta, cuatro corridas de toros. Sí, señor, ¡de toros! Porque unas líneas más abajo, y entre otras ganaderías, el referido cartel cita a la del Duque de Veragua, la de Miura, la de Concha y Sierra, la de Pablo Romero, la del Duque de Tovar...

Por eso, al ver esta tertulia, en la que se hablara mal de todo—como es lo natural—, nosotros nos sonreímos. Y nos importa un ardite que el Guerra, ahí en la tertulia, diga que desde que él se fué de los ruedos los toros se habían acabado, y que aquel señor de la barba, con tipo de letrado, le apoye; y que Machaquito se lamenta de que no hay afición; y que Manolete estime que las suertes han perdido emoción, y que todos, en fin, hablen pestes de la fiesta.

Y nos sonreímos ante esta conversación, porque ellos no estaban en lo cierto.

Hay allí, detrás, pegado a la pared, un espléndido cartel que se ha encargado de desmentirlos.





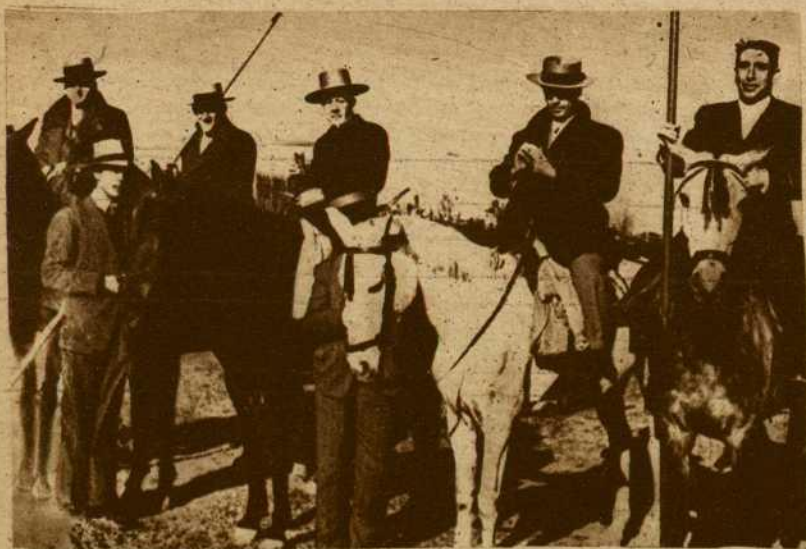
Un alto en el trabajo para echar un trago



Fuentes Bejarano lía un pitillo en un descanso de la faena



Ahora, unos chatos de manzanilla en pleno campo y plena faena

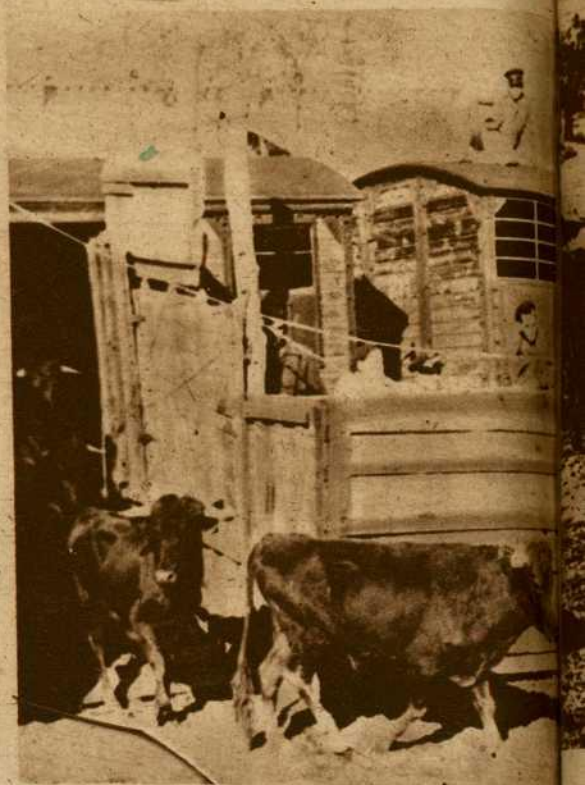


Fuentes Bejarano con los ganaderos Sres. Moreno Santamaría y González Nandín

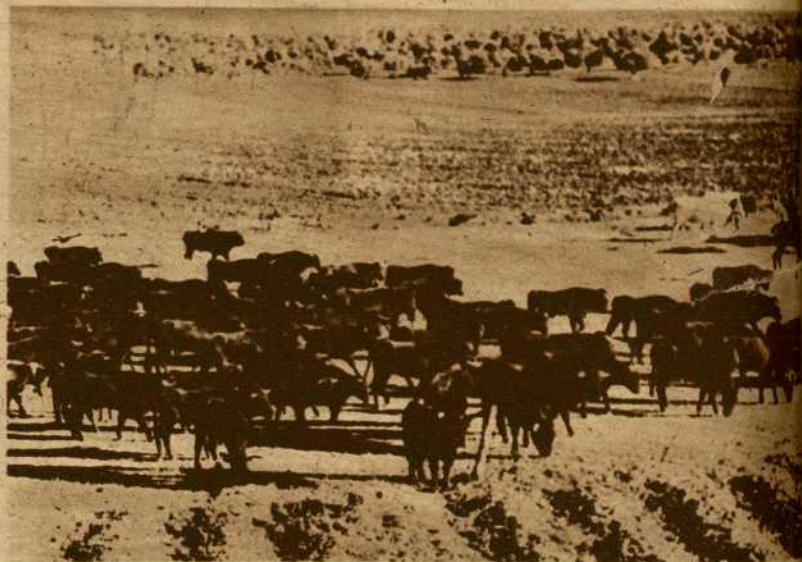
Luz y trajín en SALTERAS

De tierras de Castilla a las marismas del Guadalquivir

La estación de Salteras, un nombre casi perdido en la línea del ferrocarril de Sevilla a Huelva, hacía tiempo que no conocía tan grande trajín... Es verdad que a lo largo de cada jornada pasan por sus vías varios trenes de un lado para otro —llevando viajeros o cajas de mariscos onubenses—; es rara vez que detienen su paso más arriba de unos minutos. Pero hace algunos días la cosa fué distinta: un largo convoy se detuvo al amanecer en la estación. Traía unos cincuenta vagones, y venía desde muy lejos: desde Villaverde (Madrid), donde había embarcado la ganadería completa de don José Escobar, única mercancía de tan alargada formación ferroviaria. En torno a la estación, aprovechando una mangada que sirve de paso al ganado, se improvisó el desembarcadero. Con cajones se levantó una plazoleta al borde de una vía muerta, adonde fueron acercándose los vagones. Primero fueron desembarcados los cabestros, que poco después, guiados por garrochistas, formaban una barrera en la mangada para impedir que alguna res pudiera escaparse. Tras los mansos fueron saliendo de los vagones las vacas, los becerros, los novillos y, por último, los toros y sementales. A las cuatro de la tarde en el rodeo había quinientas dos cabezas de ganado, arropadas por los cabestros y guardadas por una cuadrilla de caballistas, entre los que se hallaban los ganaderos señores González Nandín y Moreno Santamaría y Luis Fuentes Bejarano. El espectáculo era realmente maravilloso. Parecía una inmensa mancha negra y brillante, movida por el aire, sobre el verde apagado de la llanura. Sobre las cinco, la ganadería entera se puso en marcha hacia la Isla Mínima del Guadalquivir. Sin prisa ni



Novillos de la ganadería de Escobar



El ganado pastando en tierras sevillanas



Los toretes bajan del vagón

Desde Villaverde a la Isla Mínima



Las reses a la salida de la estación

Pastos nuevos que guardan en sus entrañas vieja sal de Andalucía

pausas, aquella inmensa mancha negra fué alejándose hasta perderse en la lejanía, camino de las tierras bajas de la Marisma, donde les esperan pastos nuevos, que guardan en sus entrañas vieja sal, y que en opinión burlesca de un ingenioso y contemporáneo escritor —Valle-Inclán—, dan la sensación de resea mojada. Sea lo que fuere, lo cierto es que en estas tierras marismeñas que bordean el

Guadalquivir —Isla Mayor, Isla Menor, Isla Mínima...— cobra el ganado singular bravura y formidable empuje. Por eso, desde hace siglos, fué aquí donde las ganaderías de fama tuvieron su sede. En la Isla Mínima —adonde trae don José Escobar su ganadería, que hasta ahora estuvo en Colmenar Viejo (El Escorial)— pastaban las vacas de vientre de Miura cuando esta

divisa gozaba del favor de los toreros...

....

A media noche, a la altura de La Puebla, en un lugar acotado de antemano, detuvo su marcha la ganadería. Desde una altura próxima tuvimos la fortuna de contemplar el cuadro.

La luna —en mitad del cielo— agrandaba el paisaje, aclarando las sombras. De vez en cuando un toro alzaba la cabeza, y la media luna de sus cuernos se llenaba de pálidas y extrañas luces. La estampa era de una maravillosa grandeza. Era como si ese viejo grabado de Doré —que aparece en todos los tratados de toros y que recoge el paso de una ganadería por un desfiladero, camino de Valencia— se hubiera multiplicado en el mágico espejo de la noche.



Los jinetes contemplan el desembarco de las reses



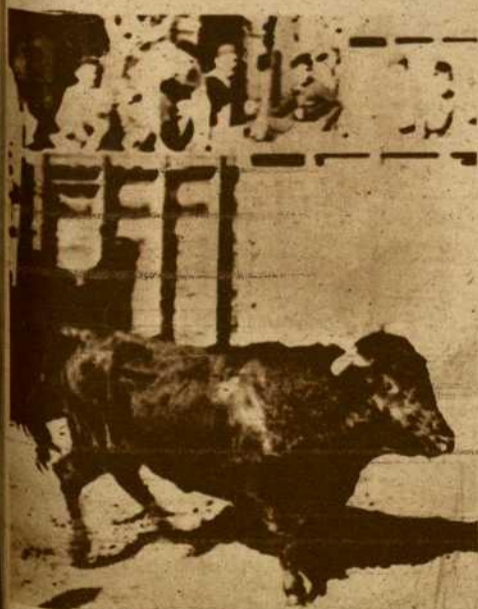
El público admirando el típico espectáculo



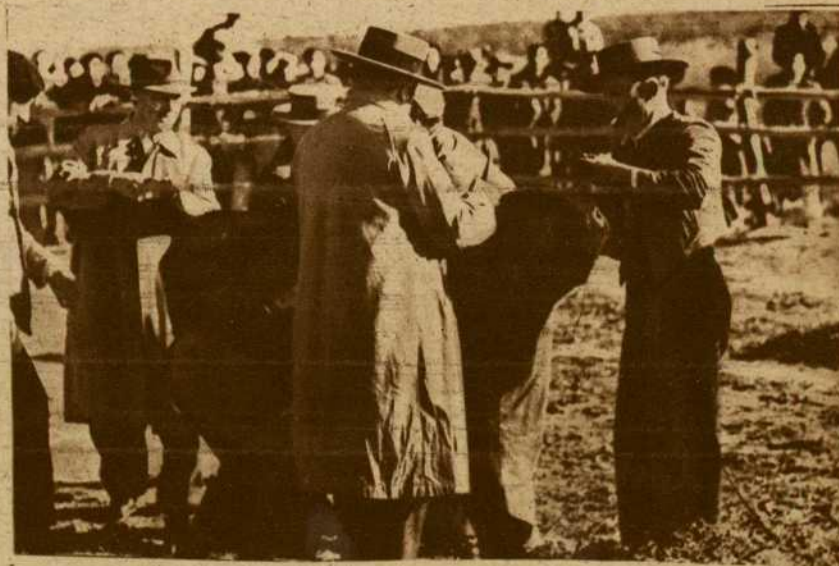
Los garrochistas van reuniendo el ganado



La comida de los garrochistas. El trabajo ha sido duro y hay que reponer fuerzas



Un bonito semental



Sujetando a una vaquilla brava para marcarla

Notas de un aficionado no muy viejo

LA VUELTA A LA PASION

Por JOSÉ VICENTE PUENTE



Manolete

Sin coqueterías de joven, que ya no está uno para eso, al hablar de toros tengo que recordar mi quinta: la del treinta y seis. Y quiero decirlo para sentar que cuanto aquí se escribe, se hace con la buena fe y el criterio personal de quien respeta y escucha reverentemente a los que Dios les dió la vida antes y pudieron presenciar otras suertes y otras tardes taurinas. Uno no ha llegado a conocer aquella Plaza de la Puerta de Alcalá. Solamente queda el recuerdo en las graderías de la que hoy es montón escaso de piedra y adonde le llevaban con su traje de marinera y sus piernas al aire.

Por todo eso, no sirva esta prosa de escándalo de ancianos y maduros. Sea leída —si tal merced me hacen— con la indulgencia de quienes son superiores en todo. Hasta en años...

Quería yo recordar el final de nuestra guerra y la gran alarma sobre nuestra fiesta. Ya en las tardes calientes de pasión del 36, la Plaza era un simbolismo de España. A ciertos toreros les pitaba el

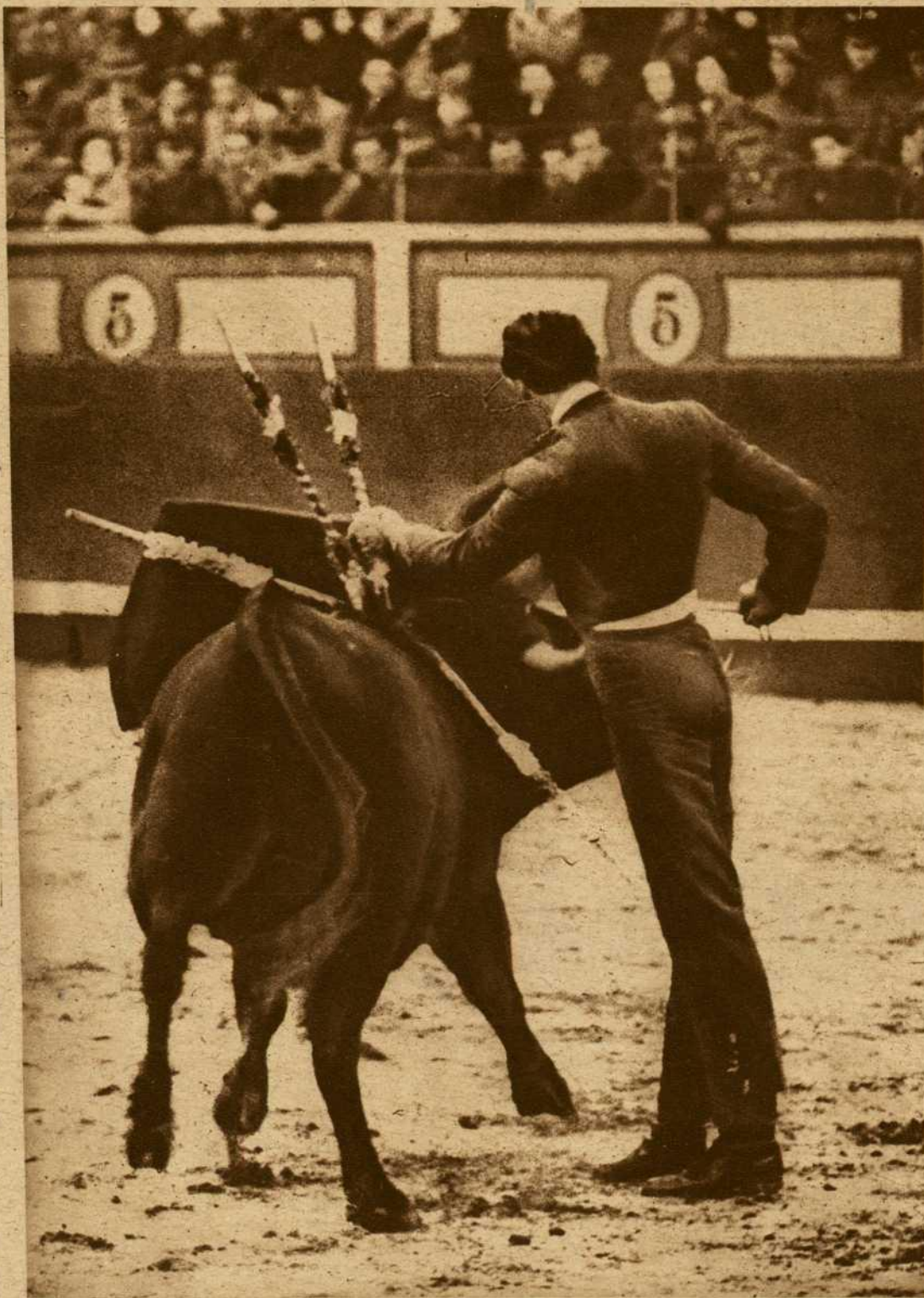
sol, mientras les aplaudía la sombra. El pleito de los mejicanos, la prisión, las suspensiones, corridas sin motorización, porque a los toros no se podía ir ni en tranvía ni en coche... Días que aparecen hoy lejanos y están, como aquel que dice, a la vuelta de la esquina. Con la guerra apenas si la fiesta pudo aletear. Existía y ya era bastante. Se comentaba la muerte desgraciada de Manolito Bienvenida. Se celebraban festivales benéficos, pero no podía existir apasionamiento, porque otros temas más duros y más trascendentales nos quemaban la vida. Por entonces se empezó a hablar del pobre Pascual Márquez, aquel que murió una tarde de viento en Madrid...

Pero la pujanza, raigambre y fidelidad de la fiesta en el alma española hizo que con la paz lograda se volviese a levantar el tinglado taurino y se fuese reposando, agrupándose la afición dispersa, mellada —dolorosamente—, y que volviese a ser tema de discusión y pugna la lidia y sus figuras.

Nombres antiguos tomaron la herencia y la siguieron llevando hacia el buen puerto. Surgieron apellidos nuevos en los carteles, con tanteos, con suposiciones; se fué dibujando el panorama taurino, el paisaje por el que tendría que desfilar todo el interés de nuestra fiesta. Y así un año y otro, 39, 40, 41... son años que, excepto en la Plaza madrileña, la Plaza de peores carteles del mundo, las aficiones se van calentando y van viendo toreros, ganaderías, estilos...

Y así llegamos sobre el fuego de las temporadas del 42 y del 43 a ésta que ha terminado y que ha sido ascua viva. Y ha sido ascua viva porque yo me atreviera a asegurar —y me vuelvo a las líneas iniciales— que jamás ha habido una pasión y una tan grande afición como ahora. El tema taurino es un tema de referencia, de cita, de conversación. Ya no es la fiesta de toros comidilla de unos cuantos, de los pequeños y fieles círculos de consagrados. Por todo el ámbito de España el tema taurino tiene resonancia. Es una gran campana que llega a los oídos de chicos y grandes, de los populares y de las minorías. Vuelven las mujeres a los toros, las muchachas, las generaciones jóvenes. Los intelectuales opinan y escriben sobre el arte y la clase de los toreros. La Prensa taurina tiene un auge que nunca tuvo. Las ferias provincianas, los carteles clásicos, tienen un aliciente como de época remota. Los pequeños en la calle toread con las astas sobre el mimbres o la carretilla. Los chistes de los teatros, de las revistas, encuentran de nuevo el filón taurino. Y hasta el cine nacional, tan de espaldas a la mal llamada española, parece que, al fin, va a producir películas de toros y de toreros, olvidándose un poco de las comedietas, mal vestidas de frac, con actores pidiendo whisky para desayunarse...

Es decir, que estamos ante un retorno, una vuelta a la pasión. Apenas terminada la larga temporada, ya la gente hace cábalas y proyectos para el año que viene; se está deseando que acaben los meses de frios para volver al clamor del graderío. Con la temporada concluida se sigue escribiendo de toros, se leen las crónicas de Méjico, hacen declaraciones los toreros. Los buenos aficionados temen por la supervivencia de la fiesta ante el encanijamiento de los toros... Pero todos hablan y sueñan con que al redondear se llene de luz y de alegría. Y todo esto, queremos o no; Todo esto, que es una realidad palpable y terminante, se debe a la figura de Ma-



Manolete en un gran pase de pecho en el festival del sábado en Madrid (Fot. Baldomero.)

nolete. Se le podrá discutir, se le podrá elogiar hasta el superlativo monstruoso, se le podrá exigir más; pero lo que no tiene duda es que ha sido él, con su estilo personal, con su figura y su clase, su genio y su valor, el que ha devuelto a la fiesta su grado de rojo incandescente, su alto rango de espectáculo único y nacional. La fiesta estaba un poco dormida, algo soterrada, en la siesta de la que no podía despertar. Y ha llegado el ciclón, el grito desgarrado de un hombre largo y alto, que se ha clavado en la tierra y ha empezado a torrear como no ha torreado nadie...

Manolete ha devuelto la pasión a los toros. Y ha sido él solo. Antes podía surgir de una competencia, de un antagonismo de figuras —deporte popular español de discutir y enfadarse por cualquier nadería—. Antes el rojo incandescente surgía del choque y de las opiniones encontradas. Hoy, el fuego lo ha alzado, en su muleta, el torero de Córdoba. Se ha plantado en el centro y ha empezado a torrear al natural, una y otra vez. Tarde tras tarde, faena tras faena, clamor sobre clamor. Y cuando ya se ha cansado, hasta ha mirado a los tendidos, alegre en su alma torera de gran aficionado, porque ha visto que la pasión se ha escapado del graderío y ha prendido en España...

Las mujeres y EL RUEDO



Pilar Millán Astray

PILAR MILLAN ASTRAY ha sido y sigue siendo muy aficionada a la fiesta, pero se declara partidaria de los toreros y de los toros de antaño

A Pilar Millán Astray le es grato el tema de los toros. Cuando le hablamos de esto la vemos erguirse con arrogancia manolesca y algo como un destello de entusiasmo brilla en sus pupilas y le hace sonreír nostálgicamente. No cabe duda que hemos despertado en ella sentimientos que acaso estaban ya muy esfumados en la lejanía del olvido y la distancia: la bella fiesta española, el bravo torero vestido de seda y oro, el sol maravilloso, la gárrula y contagiosa alegría del público, el pasodoble marcial, los claveles, las mantillas, los aplausos y, sobre todo, aquellos tiempos de ensueños, ilusiones y arrogancias: la juventud. Pilar evoca en un momento todas estas cosas y con un leve temblor en la voz exclama entusiasmada: «¡Aquellos toros! ¡Aquel Joselito!» Como escritora y como mujer, se ha sentido siempre atraída por la bella y viril fiesta española, y siempre que le fué posible asistió a los toros para comoverse y emocionarse con sus múltiples lances y sorprendentes alardes de inteligencia y guapeza.

—Soy —dice Pilar contestando a nuestra primera pregunta— española cien por cien, y nuestra fiesta nacional, toda luz y entusiasmo, es el fiel reflejo de nuestra raza, la más alegre y optimista del mundo entero. Los toros me encantan.

—¿Qué toreros le parecen los más interesantes?

—Todos los buenos toreros son interesantes. Es una brava y azarosa profesión en la que la destreza supone tanto como la valentía. Los toreros son almas bravas y corazones grandes, que es el compendio de la raza hispana.

—¿Cuál es su opinión de la fiesta desde el punto de vista del españolismo?

—Cuando los españoles vamos a los toros, todos los semblantes respiran satisfacción y alegría. En la puerta de entrada de la Plaza deja el español sus penas y sus tristezas, olvida las luchas de la vida, va a presenciar otra lucha que embriaga, va lleno de ilusión a «su fiesta», en la que triunfan la bravura y el arte sobre la fiera y la fuerza. El torero es como el romano altivo que pisa el circo orgulloso de la valentía de su raza. En los palcos está la aristocracia; en las andanadas y tendidos de sombra, la alegre gente de la clase media; en las barreras, los castizos y buenos aficionados, que no quieren perder detalle de la corrida; en el sol está el pueblo soberano. ¡Muchos no comen ese día para comprar la entrada! Pero, ¿qué importa? No tienen hambre; están borrachos de ansiedad y de luz, abriendo mucho los ojos para ver al héroe que les hará rugir de entusiasmo. ¿Puede pedirse más españolismo? ¿Puede haberlo igual en ninguna otra clase de fiesta? Si España no sintiera así no sería España.

—¿Recuerda usted alguna anécdota interesante?

—Cenando una noche en Barcelona con el inolvidable don Emilio Junoy y el gran Joselito, sacó éste de su bolsillo una moneda moruna de oro y nos dijo: «Esta monedita es un talismán que desde que lo llevo me da la mar de suerte... Todo me sale bien». «Oye, niño —le dije—, ¿y no habrá otra igual para mí, porque lo necesito mucho?» Joselito calló. A la mañana siguiente, en el hotel donde yo paraba, recibí una caja de bombones, y al abrirla, sobre los chocolates brillaba la monedita de oro... Conservo la caja y la moneda. Joselito no necesitaba talismanes para triunfar. Su más seguro talismán era su arte supremo. Aquella tarde, quizá la más famosa de su vida torera, mató siete toros en la Plaza Monumental, y fué tan grande su triunfo, que se hizo una placa para perpetuar la memorable fecha en la hermosa Plaza barcelonesa.

—¿Qué diferencia encuentra entre la fiesta de antaño y la actual?

—En todos los tiempos fué grande y hermosa la fiesta de toros. Siempre fué la gallardía y la majeza, la valentía y el corazón, la mejor receta para ser un buen torero. Pero los famosos maestros de antaño eran... eso: únicos y maestros. Los toreros actuales es indudable que siguen electrizando a los públicos con su arte «nuevo» —más depurado, si se quiere, que el antiguo— y, en definitiva, también se convierten en ídolos. No sólo porque actúan ante generaciones jóvenes que no conocen otra cosa, sino porque, haciéndoles justicia, torea magníficamente. Yo, que antes estaba loca con mi Joselito de mi alma y mi Belmonte de mi corazón, veo que también ahora los hay «canelita en rama», capaces de ponernos el corazón en la boca cada vez que los vemos con los trastos de matar en las manos. (Permitaseme no dar nombres, porque iban a ponerse celosas, y eso no lo quiero de ninguna manera.)

—¿Ha presenciado usted muchas corridas?

—Hace años yo no perdía corrida. Me conocían hasta los monosabios, y me han brindado muchos toros los fenómenos más fenómenos de aquellos felices tiempos. Ahora voy menos; pero como tengo un hijo y un yerno que no hablan más que de toros, estoy enteradísima y sé hasta los más recónditos detalles de la afición. Desde luego, encuentro mucha diferencia —bastante más que entre los toreros— entre los toros de antaño y los de ahora. Los de mis años juveniles eran «catedrales», verdaderas fieras, con unos cuernos que «metían miedo» aun a los que los veíamos desde la barrera. Algunos, *guapísimos*, eso sí, con hermosa estampa. Los aplaudíamos al salir del toril: «¡Olé tu ganadería, resaca!» «¡Viva tu madre!» Se floreaba a la bellísima fiara porque, en realidad, lo merecía. Me gustaría saber por qué se han ido quedando los toros ahora tan pequeños, tan pequeños, y algunos muy feos...

—¿Tiene usted alguna obra que trate exclusivamente, como tema central, de los toros?

—Seda y oro, en preparación para ser estrenada. Derivando por su asunto a lo lírico, la obra ha sido musicada ya y sólo espera el momento propicio para presentarse en escena. Espero que sea, precisamente por el asunto, una de mis obras que más gusten.

Pilar Millán Astray, intensamente afanada en su labor literaria y teatral, no pierde por eso su contacto con la vida social. Sale mucho. Visita Museos, Exposiciones. Asiste a los estrenos. Alguna vez, atraída por la fama de alguno de los modernos fenómenos taurinos, también asiste a las corridas. Pero...

Su entusiasmo sólo se aviva, tenso y desbordado, cuando se habla de la hermosa fiesta de toros de antaño, casi ayer todavía, pero que no es hoy mismo.

—¡Ay, aquel Joselito! ¡Ay, aquellos toros!

JUAN DE ALCARAZ

TOREROS CELEBRES

Nuestra contraportada Rafael Guerra Bejarano



Nació en Córdoba el día 6 de marzo de 1882. En el acto del bautismo se le impusieron los nombres de Rafael de Santa Dorotea. El mismo año en que nació Rafael murió en Madrid, a consecuencia de las heridas que le produjo el toro Jocinero, de la

ganadería de Miura, el diestro cordobés José Rodríguez, Pepete, que había casado con una hermana de la madre de Rafael Guerra. Su padre, José Guerra, ejercía el cargo de llavero en el matadero de Córdoba, y tan pronto como Rafael aprendió las primeras letras, auxilió a su padre en sus ocupaciones.

El contacto con las reses decidió su vocación, y sin que sus padres se enteraran, Rafael con sus amigos Rafael Rodríguez (Mojino) y un hijo del banderillero Caniqui estuvieron durante dos años toreando en los corrales del matadero. Enterados, por fin, los padres, enviaron al muchacho a trabajar a una fábrica de curtidos, propiedad, en parte, de la madre de Rafael, y en la que trabajaba su hermano José. Volvió pronto al matadero, y en una capea, en la que intervenían, entre otros, Manene y Orejitas, su padre le dió autorización para torear. Consiguió interesar grandemente a los aficionados que presenciaban el espectáculo.

El 5 de marzo de 1878 se celebró la segunda media corrida de inauguración de la Plaza de Loja, en la que actuó como matador Ricardo Luque, hijo de Camará, y de sobresaliente Manuel Martínez, Manena, sobrino de Lagartijo. Iban de banderilleros Rafael Rodríguez, Mojino; Rafael Guerra, Llaverito; Rafael Bejarano, el Torerito, y José Diano, Orejitas. En 1879 torea a las órdenes de Manuel Díaz, Lavi. En 1880, en Córdoba, le fué asido uno de los novillos lidiados el 8 de septiembre, y tuvo una lucida actuación. En 1881 torea a las órdenes de Bocanegra y Lavi, y empieza a usar indistintamente los apodos de Llaverito y Guerra. En 1882 empieza a torear a las órdenes de Rafael Gómez, el Gallo. El 25 de julio de 1884 torea alternando con su maestro en la Plaza de Valladolid. El 24 de septiembre de 1885 Guerra participa a Fernando Gómez su decisión de separarse de su cuadrilla. Se incorpora a la de Lagartijo, en la que continúa en la misma cuadrilla, y torea ya como matador. En 1887 actúa en novilladas y como banderillero, y el 29 de septiembre de este año toma la alternativa en Madrid de manos de Lagartijo, y con el Gordito de testigo. Los toros fueron de la ganadería de Vázquez, pero el de la alternativa fué de Gallardo, por haberse inutilizado uno de la primeramente citada ganadería.

Sin comunicar a nadie su decisión, se retiró después de cumplir su compromiso en Zaragoza, en las corridas de feria de 1899.

Murió en Córdoba el 21 de febrero de 1941.

Guerra fué un torero completísimo, que dominó todas las suertes del toreo. Su gran enemigo fué el propio carácter, tozudo y altanero; pero hubo de ser siempre respetado por todos.



El ex matador de toros Antonio Sánchez y el diestro Mario Cabré que dirigieron a la lidia, momentos antes de comenzar el festivo



Los matadores, al frente de sus cuadrillas, en el momento de salir al redondel para hacer el paseíllo

El domingo, en Madrid

**Festival taurino del Grupo de Empresa
PRENSA DEL MOVIMIENTO**



El Niño del Lunar, gracia y salero, intentando lanzar con la capa



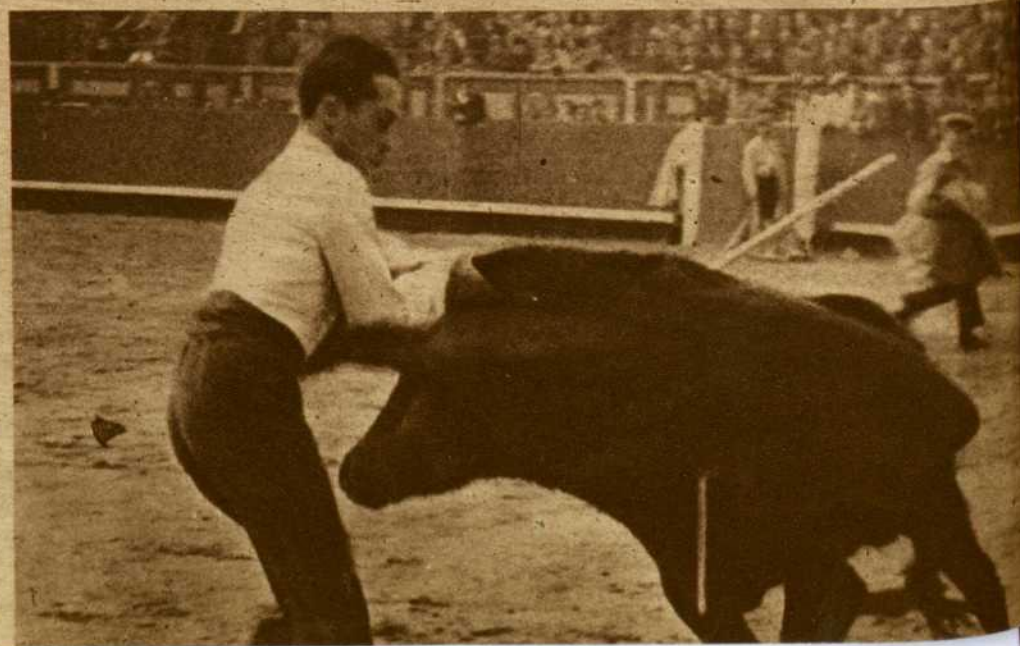
Verdugo quiere torear por verónicas, pero no parece que se le da muy bien

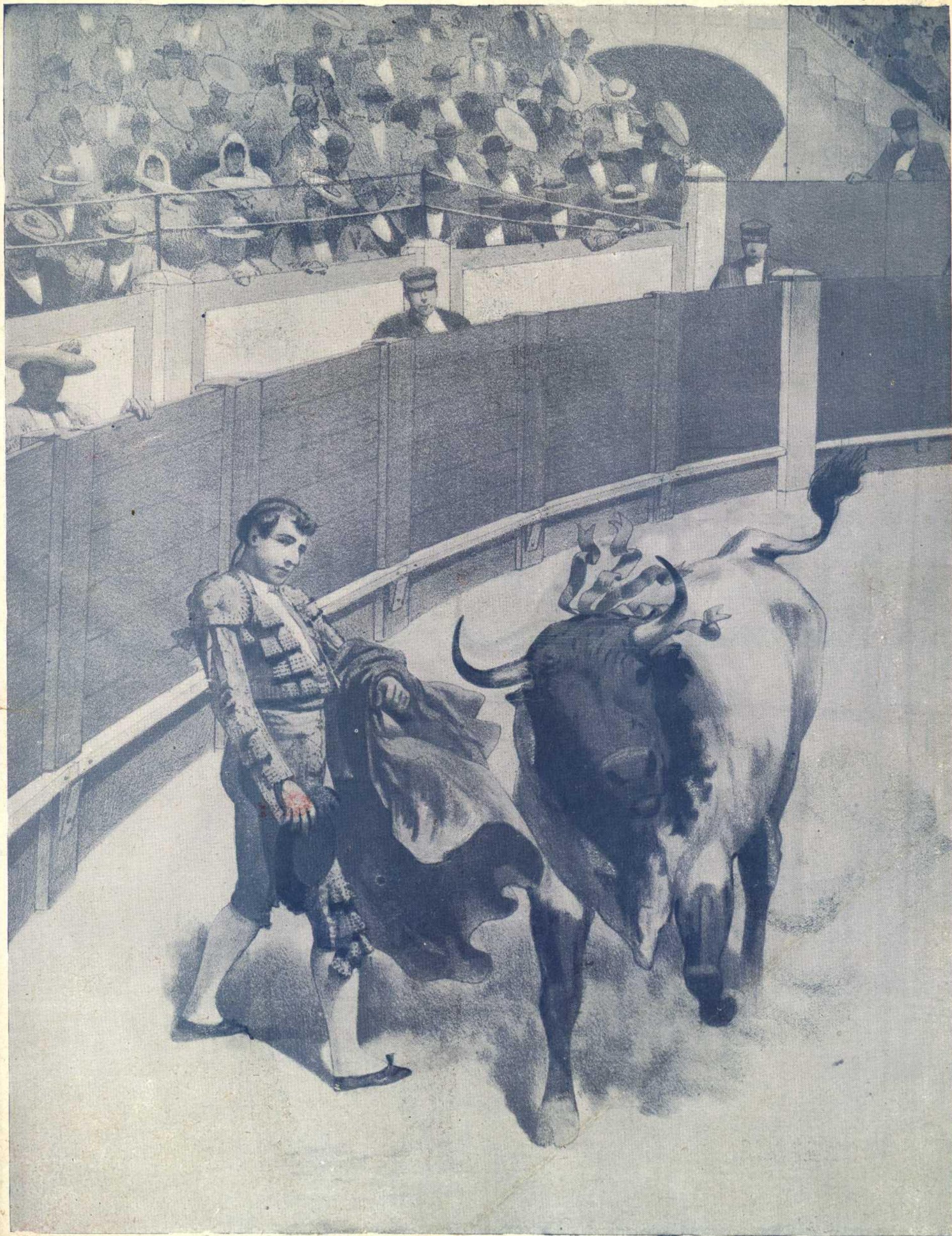


Santiago Córdoba, no muy arrimado, dando un pase por alto con la derecha.
(Fots. Zarkhijo y Manzanón.)



El sobresaliente Pepe Andréu con Zapata, el Niño del Milímetro, aguardan en el redondel el momento de intervenir en el festival taurino del Grupo de Empresa Prensa del Movimiento.—A la derecha: El matador de la cuadrilla de "Arriba" quiere dar un pase por alto, pero no parece que la "cosa se le pone de cara"





Recortando en las tablas capote al brazo.



ENRIQUE
SEGURA